

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



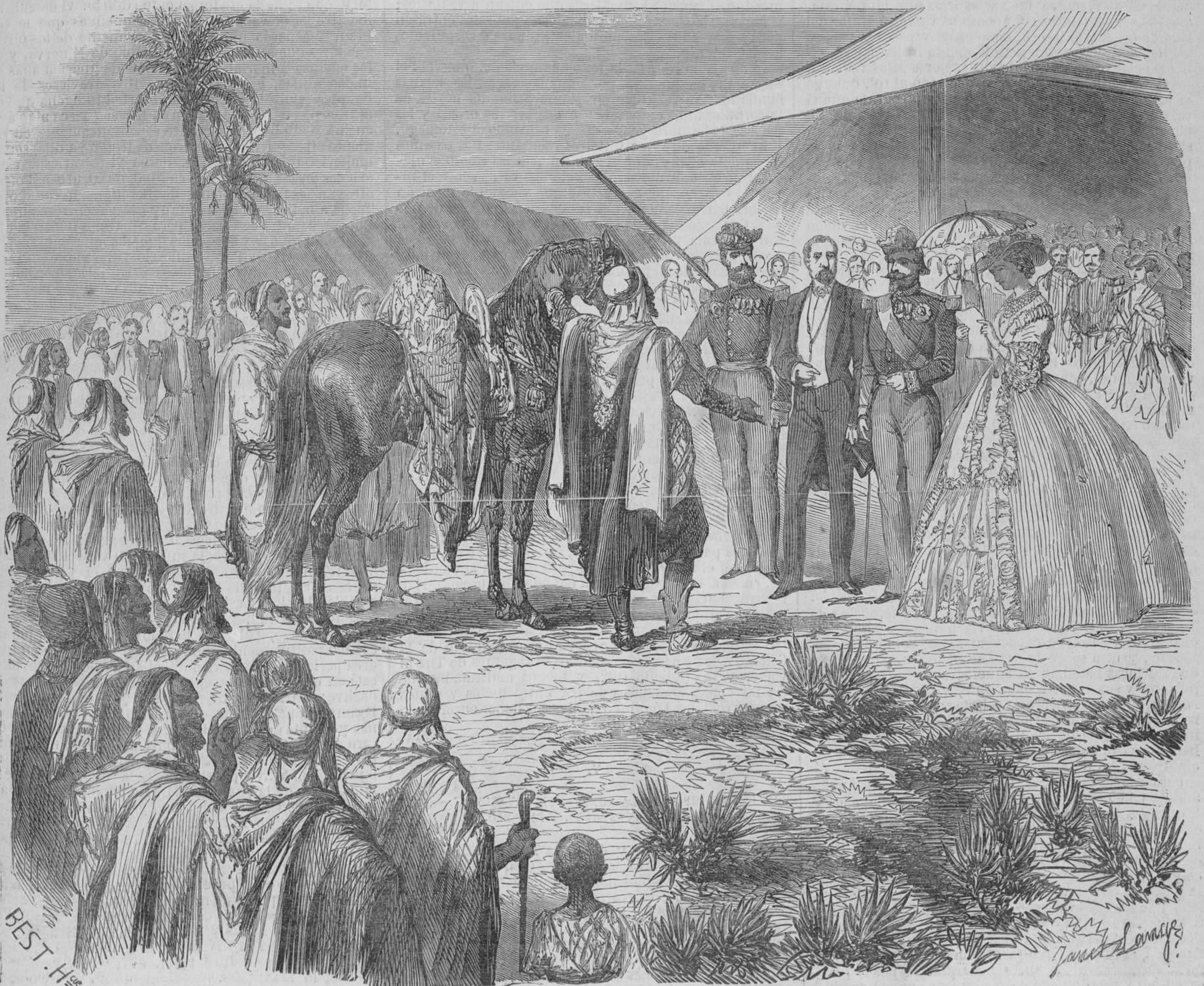
1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 407.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

VIAJE DE SS. MM. II.



PRESENTACION AL EMPERADOR DE LOS CABALLOS DE GAADA REGALADOS POR LAS TRIBUS ARGELINAS.

BEST-H

J. L. L.

SUMARIO.

Viaje de S. M. M.: grabado. — Excursion ó visita á las islas de Titicaca y Coati. — Credo. — Jardin de la Sociedad de aclimatacion en el bosque de Boulogne: grabados. — Revista de Paris. — El pensamiento á los veinte años. — A señor necio, criados brutos. — Arco de triunfo elevado por los negros de Argel: grabado. — La tienda de la emperatriz: grabado. — Simulacro del ataque de una caravana: grabado. — La caza de avestruces: grabado. — Cuarto de S. M. el emperador: grabado. — Colocacion de la primera piedra del muelle de la emperatriz en Argel: grabado. — Una diffah: grabado. — Una historia inglesa. — Expedicion de China: grabados. — La Madonna de Genazzano: grabados. — Cristóbal Colon y la Universidad de Salamanca. — La niña se muere. — Bellas artes: grabados.

EXCURSION O VISITA

A LAS ISLAS DE TITICACA Y COATI

EN LA COMPRESION DEL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE COPACABANA, DEPARTAMENTO DE LA PAZ, EN BOLIVIA. — 1858.

(Conclusion. — Véase el número 405.)

IV.

PEÑA DE ESTAÑO, CADENA DE ORO, SUBIDA Á LA CUMBRE, REGRESO Á COPACABANA.

Visto y diseñado el convento-palacio del mejor modo que pude, marchamos hasta el último confin de la isla para ver todas las sinuosidades de su circunferencia: nos regresamos rodeando y volvimos á salir al mismo edificio. A poca distancia se nos mostró la gran peña llamada Titicaca (en quichua Peña de estaño), que ha dado el nombre á la isla y al lago; aun cuando el señor Sanchez de Bustamante, en su pomposa obra titulada: *Curso completo de geografia universal*, copiada ó extractada de los autores mas clásicos, ni siquiera se digna mentar, entre las varias islas que cita, á esta, que es la mas famosa; y apenas al volver á tratar del lago de Chucuyto (así se llamó antes y pocos le llaman así todavía, pero ahora generalmente lo llaman de Titicaca) dice que en una de sus mejores islas tuvieron los incas un templo magnífico dedicado al sol, que fué el primero. Aconsejamos á tan ilustre geógrafo que si reimprimiera su obra, suprima el adjetivo magnífico, porque es absolutamente inexacto, aun cuando se quisiera comparar con los edificios indígenas coetáneos, pues como hemos observado ya, los llamados palacios de la misma isla tienen mas solidez, mejores materiales, mas elegancia. Y ponga por amor de Dios, siquiera como nota correctiva, que la isla principal de este lago es la Titicaca, de la cual toma el nombre dicha laguna, y que tiene los edificios y monumentos que imperitamente acabo de describir.

Delante de esta peña Titicaca (que en sus entrañas podrá tener estaño, pero en su superficie ni una brisna se le descubre) hay una planicie que aseguran ser la plaza, donde el emperador solia bailar con sus ulemas, con los caciques ó magnates de su imperio, rodeados por una pesada y hermosa cadena de oro, sostenida por doscientos hombres robustos, que tenia 233 varas de largo, construida por Huayna-Capac en el nacimiento de su hijo Huascac. Y aquí advertiremos al mismo señor Bustamante, que cuando menos suprima un cero en el guarismo 6,000, que él ó su impresor han puesto inadvertidamente al contar los bailadores dentro de dicha cadena. Digo inadvertidamente, porque con advertencia nadie estampa un error que en realidad lo sería; porque no es regular que esos danzantes regios estuviesen allí dentro oprimidos, como galeotes de la santa Hermandad, sino desahogados como personajes ilustres, que cabalmente se concentraban en la cadena de oro para poder bailar con dignidad y desembarazo, y los espectadores no los estorbaban. Pues dando una vara y media cuadrada á cada bailador (es lo menos que se les debe dar) salen 9,000 varas cuadradas, que no las da un círculo cuya circunferencia solo es de 233 varas. Y en eso podría haber dos equivocaciones, una sobre la capacidad física, como acabo de indicar, y otra sobre la verdad histórica, pues dicen que los incas bailaban en aquel círculo de oro con sus próceres y sus mujeres solamente, y casi imposible sería que aquella aristocracia selecta subiese á un número tan alto en el imperio peruano, cuando no sé si el mismo autócrata de las Rusias podría reunir para un baile de corte una concurrencia tan numerosa de príncipes y nobles puramente.

Pero sea lo que fuese, que bailasen en ese pequeño ámbito 6,000 como pescados en red, ó desahogados y bulliciosos como los parisenses en los Campos Elíseos, cual acostumbran en sus danzas nacionales de *tutti li mundi*, lo doloroso es que la tal cadena de oro no parece, y toda la codicia de los buscadores no ha podido dar con ella. Unos dicen que los indios custodios al saber la tragedia de Cajamarca la echaron al fondo de este lago Titicaca; y otros que al saberse la llegada de Pizarro á Tumbes, la echaron en la pequeña laguna de Pocamanchi, departamento del Cuzco, distrito del Apurímac. Y si es cierto que la arrojaron en esta laguna, no la encontrarán los buzos mas diestros por la gran extension y profundidad de sus aguas; pues en su centro tiene sin duda mucho mas de las sesenta varas de fondo que le señalan los geógrafos que no la han me-

didado, cuando en su estrecho de Tiquina tiene mas de sesenta brazadas. Visto está que los mas de estos señores se copian servilmente unos á otros, sin tomarse la pena de examinar lo que escriben sobre datos mas exactos.

Como á mas de curiosar las antigüedades descritas queria tambien delinear la verdadera configuracion de Titicaca, desde la plazuela del gran baile seguimos una senda que nos condujo á una de las cumbres mas elevadas de la isla, desde donde pudimos ver perfectamente todas sus sinuosidades y golfitos con sus siete islitas ó escollos adyacentes, que como los satélites de Saturno, rodean á esta Delos americana, formándole á su alrededor como una pléyada terrestre. Este punto culminante, donde subimos para delinearlas, tiene tambien restos de una casa pequeña, que sin duda era una gran garita de piedra, ó una cómoda atalaya, desde donde se descubre el mas vasto horizonte, y desde donde los vigías podian observar las novedades que ocurriesen en la isla, en el lago y playas inmediatas mejor que el centinela inglés del Peñon de Gibraltar las del Mediterráneo. De esta pasamos á otra cumbre elevada, que casi está en la mitad de la isla; de donde y tambien por lo andado pudimos calcular que toda su extension será de tres leguas de largo y dos muy escasas de ancho. Sus terrenos forman ahora dos fincas pingües, Challa y Yumani ó Patallacta, que con mas brazos podrian ser unos condados. Sus productos principales son papas, ocas, maiz, cebada, un poco de trigo, habas, quinua, legumbres y algunas racachas: á mas de los colles, ú olivos silvestres, abunda un arbusto de flor amarilla, que los naturales llaman *mutu*, y otro parecido llamado *chillea*; y tambien en las alturas ví algunas queñuas que no han podido medrar, cuya leña sirve para hacer carbon. Lo mas apreciable de esta isla, para los gastrónomos, son los ricos quesos y la leche de su ganado tanto vacuno como lanar, que se cria allí en alguna cantidad, paciendo sin miedo de zorros ni de lobos, los sabrosos pastos de sus abundantes pajonales, y bebiendo con provecho el agua imperceptiblemente salobre de la laguna. Tambien hay algunos burritos, mulas y caballitos para el servicio de los mismos indios, y para los viajeros que entran á visitarlos; porque sería muy difícil y expuesto que estos entrasen por el estrecho á los animales grandes ó corpulentos del continente.

Diseñada la isla, nada mas nos quedaba que ver: el sol se iba bajando ya por aquellas serranías lejanas donde fuera á verlo acostar Mama-Ocllo; los nortes de la cordillera nos empujaban á enfriar las orejas y las narices, el hambre ya nos estaba rascando el estómago, y montando otra vez nuestros rociantes nos bajamos de aquella altura, que segun mi pobre cálculo conjetural no apea de cinco mil doscientas varas sobre el nivel del Océano. Los gémetras que vengan lo medirán mejor. Descendimos y nos fuimos á comer casi de noche. Concluida la cena rezamos el rosario en la capilla, con la letanía y letrillas en aymará, cantadas como la noche anterior. Al día siguiente, despues de decir misa y almorzar, nos retiramos para el puerto. De paso mi compañero el señor Toro todavía confesó á unos enfermos. Como por la noche habia soplado el norte borrascoso, el estrecho estaba agitado; pero á pesar de su marejada, nos metimos en nuestro navío de totera y emprendimos la travesía. Luego casi nos pesó, porque en el medio estaban las olas mas bravas de lo que nos parecieron en el puerto: algunas rompian su enojo contra la balsa, los espumarajos y chispas nos empezaron á mojar, y esas bravatitas nos quitaron el buen humor. Nos acordamos de otros chascos nada graciosos que este bósforo ridiculo sabe pegar á algunos navegantes cuando se enoja; y casi se nos acabó el castellano. Pues si Salomon, decia entonces, se asombraba de que los inventores de la navegacion entregasen sus almas á un frágil leño, atravesando las fieras olas del mar: nosotros y cuantos vengan á visitar la cuna del Inca, tienen que entregarse a una fragilísima totera, que si se parece algo al junco, no es cómo los así llamados en el imperio celeste; pero á quien sin embargo, como á la nave salvadora del género humano, rige la Providencia. Con su favor desembarcamos en las rocas de Yampupata sin novedad, montamos nuestras buenas mulas descansadas, y llegamos á Copacabana tan satisfechos como los argonautas al regresar de la Colchida, tan engreidos como los navegantes de Tiro al volver de la opulenta Ofir, y menos maltratados que los intrépidos marinos que por entre hielos y tantos riesgos recalán á Londres ó Nantes sin haber encontrado el inútil pasaje del Norte.

V.

COATI, SU TEMPLO DE LA LUNA. — OBSERVACIONES. — CHICHERIA. — VESTALES. — REGRESO.

Despues de visitada y diseñada Titicaca faltaba ver Coati, ó la isla de la Luna, que tambien es monumental. Para verificarlo era necesaria una coyuntura favorable, que no tardó en presentarse. El corregidor de este pueblo don Diego Carrasco, vencedor en Junin y Ayacucho, fué comisionado del gobierno para embargar aquella isleta; y con ese motivo armamos nuestra expedicion entre varios amigos, y sentí que no estuviesen acá los amables compañeros de Titicaca. Emprendimos pues nuestra marcha por el mismo camino, que luego dejamos á la izquierda; porque el rumbo á Coati es casi al Norte de este santuario. Llegamos á la

estancia ó ranchería de Sampaya, donde está el puerto, y cuyos indios nos salieron á recibir con el mismo agasajo y ceremonia que los de Yampupata. Este puerto es mejor; pero como la isla es tan pequeña, y solo tiene una familia de seis individuos por toda poblacion, no poseen mas que una balsa pequeña para sus entradas y salidas. Así es, que para nuestra comitiva de veinte personas entre blancos é indios, tuvo que venir una balsa grande de Titicaca. En ella nos acomodamos lo mejor que pudimos, y nos entramos con tiempo magnífico y bastantes remeros; pero aun así estuvimos mas de dos horas en la travesía, á pesar de no tener mas que una legua escasa de ancho.

Yo no sé porqué esta graciosa isleta de la Luna, desde que se descubre del alto de Sampaya y mas todavia de la embarcacion, se me ha figurado al Tenedos del frente de Troya. *Est in conspectu Tenedos...* Y ciertamente que su posicion en el lago, algo parecido al mar Egeo, le da cierta semejanza: si la caseria de Sampaya fuese otra Ilión sitiada por los griegos, podrian estos ocultar allí su flota y esperar sin ser vistos la hora del asalto. Haciéndome pues ilusiones y recordando la astucia de Ulises, la perfidia de Sinon y la crueldad de los Danaos, mezclando la vagante imaginacion esos pasajes de la Eneyda con las fábulas de Diana y de Endimion, á quienes comparaba arbitrariamente con el Inca y con no sé qué ninfa ficticia que de la luna bajaba á visitarlo, iba navegando sin advertirlo. El señor Carrasco entretenia el fastidio de la marcha lenta y pesada de nuestra góndola, con sus cuentos de marras y chistes graciosos, evitando con sus gracejos el mareo de los compañeros, que ciertamente no hubieran sido los mas á propósito para la tripulacion de Kooç ó de la Pe-reuse. Algunos ya empezaban á nausear con el pequeño balance, poniéndose pálidos, amarillos y verdes. Pero apenas llegamos á la suspirada playa, como si viniésemos de dar la vuelta al globo, saltaron en tierra con mas ligereza y alborozo que los compañeros de Magallanes. Yo los seguí, y sin descansar nos fuimos inmediatamente al palacio, que no dista media legua; pues solo hay que subir una pequeña loma por entre un tupido pajonal, y descender luego al lado de Oriente, donde se halla ese imponente edificio. Al descubrirlo entre las elevadas y frondosas queñuas que lo cubren, se acuerda uno involuntariamente de los olivos seculares que sombreaban el templo de Minerva, y de las encinas inmortales que servian de guarida á las tímidas ninfas, a los faunos y sátiros traviesos de los bosques. Pues la queñua es un árbol indigena que en el tronco, en las hojas y en la flor se parece algo á la encina y al olivo; se produce espontáneamente en regiones altas y frias, y sus troncos (como ya dije) son la mejor leña para el carbon. Habia visto varios de estos árboles en las alturas del camino de Oruro á Potosí, otros en las inmediaciones de Berenguela, camino de Tacna á la Paz, un bosque muy grande entre Lampa y Pucará, camino de Cuzco; pero ningunos tienen la elevacion, el grosor y los siglos que los que cubren este palacio de Coati. Para edificarlo parece que los incas escogieron ese rincon frondoso y solitario, porque no hubieran hallado en el continente un lugar mas aparente para la reserva y el misterio con que ellos envolvian todas sus cosas, aunque no tanto como los magos de Tebas en los misterios de Isis, su luna divinizada. Colocándose uno en medio del patio de ese palacio, se cree trasportado á no sé qué region oriental, porque su construccion y hasta su respectiva magnificencia tienen cierta mezcla de arquitectura china, árabe y europea, que no se puede definir, ni se puede conjeturar de donde sacarian su copia los constructores. Si como decimos vulgarmente, ellos se lo idearon é hicieron de su cabeza, no estaban por cierto tan atrasados como se cree; antes bien comparando este majestuoso edificio con los de Titicaca, se ve que iban progresando en el arte de la construccion, que no me atrevo á llamar arquitectura, pues hasta aquí veo que no supieron hacer un arco. El dibujo que de él saqué, lejos de ser exagerado, es antes muy imperfecto, le rebaja mucho su verdadero mérito y se resiente de mi chambonismo en el paisaje. Pero así como al diseñarlo me esforcé para retratarlo con la posible identidad, así procuraré ahora describirlo con verídica exactitud.

Este edificio, palacio ó templo ó todo junto (que no se sabe positivamente qué era), está construido en una area perfectamente horizontal allanada de intento, pues está en una especie de encañada angosta y de bastante declive: es trilátero, dejando despejado el frente de la laguna. Su patio tiene de largo setenta varas castellanas y treinta de ancho. El frente principal, que está de cara á Oriente, tiene siete puertas de una rara construccion (una de ellas está enteramente arruinada): ellas figuran como tres puertas en cada una, retirándose igualmente de la pared maestra, cuyos relieves están revocados con barro muy fino y de un enlucido mas fino aun, que no le haria ahora igual el mas diestro estucador, y que se conserva como si fuera obra de pocos años. Las paredes son todas de piedra bruta; pero de mas grandor y simetría que la de los edificios de la Isla grande, lo que prueba su posterioridad y adelanto. A elevada proporcion, como de siete varas, corre sobre las puertas una cornisa regular hecha con dos filas de piedras llanas y paralelas que forman el alar del techo, ó bien la division del segundo piso; pues que segundo piso ó altos tenia, al menos en algunos trechos, lo manifiesta patentemente un retazo de pared elevada con una ventana superior, que aun se ve desde el patio.

Lo que mas llama la atencion, y lo que menos se com-

prende por mas que se cavile, son esa especie de adornos como cuadrillos, que segun como se mira ó segun les da la luz, parecen cruces griegas; teniendo en los intermedios otros huequitos, como pequeñas aspilleras figuradas. Pero las que si son verdaderas aspilleras son los cuadrillos inferiores, esto es, los mas bajos del cuadro; pues habiendo observado en ellos una negra oscuridad, los reconocí y vi que eran unos agujeros que traspasaban el grosor de la pared. Me interné pues para ver dónde iban á dar; y me encontré que salían ó terminaban en unas garitas ú observatorios muy bien hechos y disimulados dentro del cuerpo de la misma pared, de la capacidad de un hombre, que de afuera no podía ser visto por el ojo mas lince. ¿Pero qué observarían de allí tantos espías? No se puede adivinar. Si el edificio estuviese en la cumbre del cerro, podrían haber servido para atalayar las avenidas del continente: pero estando tan bajo y casi escondido en la encañada como he dicho, solo tiene despejada una pequeña parte de la laguna, haciéndole invisible el resto dos colinas que lo guarecen y casi lo encierran como en anfiteatro. Y así los tan ocultos vigías poco ó casi nada era lo que de sus agujeros podían ver ni observar de lo que ocurriese en el exterior. Diré pues lo que sospecho, por lo que valer pudiera mi parecer.

Habiendo registrado todo el interior y escondites del edificio, me convencí que no era exclusivamente ni palacio ni templo, sino ambas cosas juntas, á manera de un colegio ó convento con su iglesia, embutida en el cuerpo principal. En esta hipótesis, la iglesia, oratorio ó templo dedicado á la luna debía ser la pieza céntrica del frente principal, por su capacidad y construcción; pues tiene dos aberturas rasgadas hasta la cornisa y una puerta en medio en la línea exterior, con dos puertas mas en la pared interior, que comunicarian á un traspasio si hubiesen estado expeditas; mas como solo son figuradas y se ve que siempre lo han sido, se inclina uno á creer que ellas eran los nichos del altar ó de la ara de los sacrificios. Esa conjetura se apoya en la anchura de las dos aberturas, que se conoce no han sido jamás puertas, sino dejadas de intento, para que los concurrentes viesen despejadamente desde el patio el simulacro ó ídolo de su deidad, y las ofrendas ó libaciones que le ofrecían los incas y las Vestales. Y entonces las aspilleras ó agujeros indicados no podían tener otro objeto que observar las faltas de respeto ó decoro que cometían los concurrentes durante las ceremonias. Ese es mi pobre parecer.

No sé si estos ídolos eran capaces de llevar á tanta vigilancia el respeto debido al lugar santo; aunque no sería extraño vista la gran circunspección de los incas en lo perteneciente al culto, y sabido es aquello de *Regis ad exemplum totus componitur orbis*; y vista tambien la extremada reverencia con que los turcos están en sus mezquitas, que ciertamente forma un triste contraste con la indecente descortesía que algunos cristianos muy presumidos de sabios é ilustrados observan en el santuario del Dios verdadero. Otra dificultad tengo contra mi propio parecer, y es: que en ese gran patio cabrían mas de mil personas; número que creo imposible haya tenido jamás esta islita, que apenas tiene una legua de largo y menos de media de ancho, y en la que no se ven mas ruinas de caseríos que los de la Chichería, de que hablaré luego. Por consiguiente, si alguna vez llegó á llenarse aquel espacioso patio, sería de cortesanos ó devotos venidos del continente como en romería para ciertas solemnidades especiales y principalmente para la fiesta tan clásica del *Cancú*, que (segun la obra titulada *Cérémonies religieuses de tous les peuples*. Paris 1741, in fol., t. 7, p. 187, citada por M. l'abbé Jager, en su *Célib. eccles.*), se celebraba el día primero de la luna de setiembre despues del equinoccio: era aquella fiesta una purificación religiosa del alma y del cuerpo, y á la cual se preparaban por la continencia. Esta especie de fiesta nacional reuniria en Coati un gran gentío, que debía salirse pronto; pues mi Tenedos no podía cobijar ni mantener á mas de cien habitantes; cuando ahora apenas sostiene seis colonos y unas doscientas ovejas que (de paso sea dicho), han formado su aprisco, por no decir corral, de los regios salones del Inca y de la lsis trasatlántica, sin que nadie se tome la molestia de encorralarlas en otra parte. Esta incuria juntamente con las fornidas queñas que oprimen y rajan las paredes, la maleza y pajonal que las filtra y desgaja, acabarán de arruinar ese monumento imperial digno de mas aseo y cuidado, siquiera para su conservación. Pero esto es predicar en desierto. Los perros pernoctan en la necrópolis de los Califas en el Cairo, y en la Palmira de Salomon los dromedarios y los camellos. Los animales se parecen á ciertos hombres que tienen el prurito funesto de profanar y destruir los monumentos mas augustos. Sigamos la descripción.

A mas de esa pieza céntrica y espaciosa, que creemos era el templo ú oratorio de la luna, hay en el mismo frente principal otras cuatro piezas mas, dos á cada lado del oratorio, muy capaces tambien; que no dudo serian las habitaciones de las vírgenes sacerdotisas encargadas del culto. Las otras habitaciones de los frentes laterales, que eran seis, tres en cada frente, bien podían ser por su grandeza destinadas al emperador y á su córte, cuando iba allí. Y entonces esto debía ser un silvestre y pequeño Escorial, que encerraba en un mismo edificio templo para la luna, palacio para el monarca y monasterio para las doncellas. La comparación parecerá algo bizarra, como dicen los franceses; pero en realidad la creo exacta: y estoy persuadido que cuantos hayan visto ó vinieren á ver este monumento,

convendrán en mi modo de pensar, que expongo francamente sin querer esclavizar la opinión de mis prójimos. Siento en el alma no tener los principios de arquitectura y arqueología necesarios, y que algunos viajeros á lejanas tierras ostentan con tanto aparato como audacia; plagarios miserables! sentando paradojas y mentiras con el aplomo mas impávido, cual si fuesen hechos positivos ó dogmas inconcusos.

Lo sensible es que muchos sabios arqueólogos han examinado los monumentos del Cuzco, de Tiaguanaco y de otras partes; mirando empero á estos con desden, que quizás no habrán sabido que existiesen. Desearia pues que algun genio escrutador se tomase la molestia de embarcarse en este lago, penetrase en sus islas y explorase estas ruinas primitivas de la monarquía mas vasta de este continente. Y estoy cierto, que á mas del tributo de admiración que les rendirian al verlas, sus observaciones científicas serian mas acertadas que las mías, y que sus hilaciones esparcirian mucha luz sobre la historia, y quizás sobre la procedencia del hijo del sol.

Lo que admira mas en este edificio es su solidez, sin mas betun ni argamasa que esa greda compacta y casi petrificada que lo sostiene con tanta consistencia; pues á pesar de verse combatido por los animales, por los árboles y arbustos y por toda la rigidez de los elementos, aun se conserva así contra la consumación destructora de los siglos. Particularmente el frente del lado izquierdo está aun tan íntegro é interesante, que no pude resistir á la tentación de dibujarlo por separado. ¡Y ojalá tuviese la destreza de los hábiles correspondientes de la parte ilustrada del CORREO DE ULTRAMAR, para poderlo diseñar con mas gusto y arte! Pero á falta de esto, puedo responder de su exactitud material: la misma que me convence que ese departamento era el destinado al Inca, principalmente por la mayor elevación de la pared sobre la puerta del medio. Así como unos restos de moginetes conservados en las paredes divisorias de ese mismo frente, me convencen que el edificio tenia techo inclinado, aunque quizás solo sería de medias aguas.

En los ángulos extremos de ambos frentes laterales hay unas piezas bastante capaces, que parecen obra accesoria para oficinas subalternas; pues no son de la solidez y construcción del resto del edificio: forman como unos martillos ó recodos en el patio, que ignoro cuál será en arquitectura su nombre técnico. A mas del gran patio del palacio, habia delante una plaza mas grande aun, y á continuación unos tablonés ó terraplenes muy anchos sostenidos por los bien trabajados y mejor conservados andenes, que en grandiosos escalones hasta la playa del lago, formaban la huerta ó jardín de la diosa efesina, antojada de tener sus flores y adoradores en esta inculta y remota islita. Estos andenes conservan todavia unas piedras salidas en forma de gradas, por las cuales se baja cómodamente de unos á otros; y en la parte superior hay un estanque artificial, que recogia la única agua que sale de una pequeña vertiente por detrás del edificio, que serviría para las abluciones de la purificación y para el riego de la huerta.

Visto todo esto, debía completar mi incursión yendo á lo que aun se llama Chichería, que está en la parte occidental de Coati. Fuí pues allá por la cumbre ó loma de la isla, con mas facilidad que los exploradores de los montes de la Luna en Africa. Pero tuve el desconsuelo de no encontrar mas que ruinas insignificantes de caseríos nada ordenados, aunque de bastante extension. Dicen los naturales que aquí residian otras Vestales ó doncellas, que á mas del servicio divino se ocupaban en hacer la chicha para el soberano, de la quinua y del rico maiz que produce Coati. Cuando esa especie de cerveza indígena estaba en sazón y el Inca se hallaba en Titicaca ó Copacabana, iban sus emisarios en balsas á traérsela, pero con la absoluta prohibición bajo pena de muerte de poner un pié en tierra por respeto á la honestidad de aquellas vírgenes consagradas á la casta diosa de la noche ó del genio: las que para no tener contacto ni relación con ningun hombre, debían echar la chicha desde la oficina de la cumbre donde moraban, en una canal de plata que llegaba á las balsas, y de cuyo chorro llenaban los balseros sus grandes y hermosas vasijas, y se volvían sin haber visto ni hablado á las castas licoreras. ¡Sábía precaución, que ahora se criticaría como el colmo del fanatismo, que prueba la prevision del Inca y el alto concepto que aun los legisladores llamados bárbaros han tenido de la virginidad! No sin razon un sabio escritor ha comparado estas vírgenes sacerdotisas de la luna peruana á las castas Vestales de Céres en Atenas, consagradas al culto de la diosa de la sabiduría con voto de virginidad perpétua (Carli, *Lettres Améric.*, t. 4º liv. 19): voto que los persas imponían á sus doncellas destinadas al culto del sol, y los gaulas lo exigían de las vírgenes destinadas á custodiar las tripodes de sus oráculos, como las sibilas: lo mismo exigía de estas el Perú. Y si alguna vez las trasladaban á otro templo, eran conducidas con tal precaución y respeto, que jamás se oyó nada indecente contra su pudor, como de las niñas enviadas anualmente á Troya por los locienses, afirma san Gerónimo. ¡Loo al Inca, que sin ser bracman, ni druida ni hierofante, tuvo la inspiración ó el instinto de embellecer el culto de su imperio con una institución tan sublime, tan amada de Dios y de los hombres!

Así exclamé en medio de aquellas ruinas desoladas, y entre las que inútilmente se buscara la canal de plata; pues si ese vehículo misterioso no cayó en manos de algun codicioso rapaz, es regular que los indios le arrojasen en el fondo del lago juntamente con las otras

riquezas de Titicaca, al ver que se desplomaba el imperio; así como un náufrago desesperado al oír el estallido del casco y el desarbolado de su nave, arroja sus fardos al Océano, cuyas olas pronto tambien lo tragarán á él... Con este triste pensamiento di otra vuelta por aquellos venerables escombros de lo pasado, y me retiré pesaroso; como me retiré tambien al ver en Sevilla y Barcelona convertidos en plazas y escombros otros asilos y monumentos mas santos, recuerdos de tiempos mas felices de la piedad y la grandiosidad española.

Al llegar á la playa del desembarcadero encontré á mis compañeros disponiendo comida y sin ganas de regresar aquella tarde. Despues de comer fuimos á pasear hasta la punta oriental de la isla, cuya configuración no dibujé por no tener nada de particular. En su figura no deja de tener alguna semejanza con la gran isla de Madagascar, que tambien se llamaba isla de la Luna cuando el portugués Covilham fué á buscar las minas de oro de Sofala y al Preste Juan de las Indias. En esta, que es como un óvalo prolongado, ó como una gran hallena flotante despues que la han herido y agoniza, nadie vendrá á buscar esas quimeras.

Dormimos allí, y al día siguiente nos salimos con mas pesadez que á la entrada. En desquite los indios de Sampaña nos recibieron magníficamente; y despues de decirles misa á san Roque, su patrono, les bendije todas sus casas para que el santo los librara de la fiebre tifoidea, que ya estaba apesando las estancias inmediatas. Y despues de consolarlos con este acto de religion y de caridad, nos regresamos á Copacabana felizmente, gracias al Señor.

He concluido la relación de mi excursión á Titicaca y Coati, principales islas de este famoso lago. Pido se me dispense mi presunción é inhabilidad, en atención al sincero deseo que me ha animado de coadyuvar en algo á conservar la memoria que estos monumentos se merecen, y que muchos geógrafos ignoran. Espero que los bolivianos y americanos amantes de sus antiguéddades me la agradecerán; pues si en este ensayo de arqueografía no he tenido la poesía de Lamartine ni la filosofía de Chateaubriand al describir los monumentos clásicos de la Grecia pagana, tampoco he tenido la indiferencia de Dumas en el Sinaí y en el Horeb, ni menos la impiedad con que Volney ha pisado las ruinas de los imperios mas famosos de la tierra.

Si esto se me disimula y Dios me diera salud, describiria despues algunas cosas notables de este milagroso santuario de Nuestra Señora de Copacabana; lo que no dudo sería mas interesante á los corazones religiosos, y principalmente á los hijos de Bolivia y del Perú.

FR. RAFAEL SANS.

Credo.

¿Creeis que me causa risa
Ver á un marido celoso,
Que duda de su camisa
Y no ve que le hace el oso
A su mujer, don Tadeo?

Sí creo.

¿Creeis que existen coquetas,
Tontísimas, pertinaces,
Imbéciles é indiscretas,
Pero que son muy capaces
De revolver el páseo?...?

Sí creo.

¿Creeis que toda soltera,
Sin mancillar el rubor
De su solteril esfera,
Hace guiños al amor,
Si no trasluce himeneo?

Sí creo.

¿Creeis en el patriotismo
De esa legión de patriotas
Que tratan con despotismo
Hasta el tacon de las botas,
Cuando están en su apogeo?

No creo.

¿Creeis que por devoción,
O por dar cristiano ejemplo,
Va la bella Encarnación,
Cotidianamente al templo
A rezar el jubileo?

No creo.

¿Creeis que se muestre infiel
La esposa de don Simon
Al reclamo de un doncel,
Que con marcada intención
La dirija un chicoleo?...?

No creo.

M. MARTOS RUBIO.

Jardin de la Sociedad de aclimatacion en el bosque de Boulogne.

Ofrecemos á nuestros lectores varios dibujos del jardin zoológico de aclimatacion inaugurado estos dias con cierta solemnidad en el bosque de Boulogne. Esta

hermosa obra se debe á la Sociedad francesa de aclimatacion que no ha omitido trabajo ni sacrificio alguno para llevarla á cabo.

La entrada del jardín es modesta; al punto se comprende que aquí lo útil tendrá una parte mayor que el lujo.

Primeramente se ve el palacio de los gusanos de seda de la morera va de mal en peor; su cria se hace cada vez mas difícil. M. Guerin-Menneville, uno de los maestros en sericultura, se propone reemplazar el delicado gusano de la morera con el del ricino y el del ailanto. Se esperan buenos resultados de esta cria. Las experiencias del jardín, cuando este se halle completamente



JARDIN ZOOLOGICO DE ACLIMATACION DEL BOSQUE DE BOULOGNE; ENTRADA PRINCIPAL.

organizado, harán popular el triunfo de esta aclimatacion utilissima.

El palacio de los pájaros es una obra maestra de construccion ligera y elegante, que prueba lo que se puede hacer económicamente con hierro, cristal y un poco de gusto.

El gallinero es un monumento económico y gracioso construido segun un sistema nuevo del cual están excluidas las piedras y las armazones laterales. Las paredes están vaciadas en cal hidráulica ó en cemento romano, de cuyo modo una casa se convierte en un monolito. Esto es elegante, económico y sólido á la vez. Este gallinero monumental de formasemicircular ofrece á sus huéspedes



EL AQUARIUM : VISTA EXTERIOR.



EL AQUARIUM: VISTA INTERIOR.

un alojamiento saludable y notable por la comodidad de sus disposiciones. La salud de las gallinas está en la limpieza. Ahora bien, el compartimiento de las gallinas se halla construido de modo que sin trabajo puede mantenerse en un estado de perfecto aseo.

La casa de fieras se encuentra detrás del arroyo; en su derredor se ven cabañas rústicas destinadas á los animales corpulentos.

En el arroyo que se atraviesa por puentes y rocas escarpadas de unos 35 centímetros, hay enrejados de alambre galvanizado que separan la corriente del agua en varios comparti-



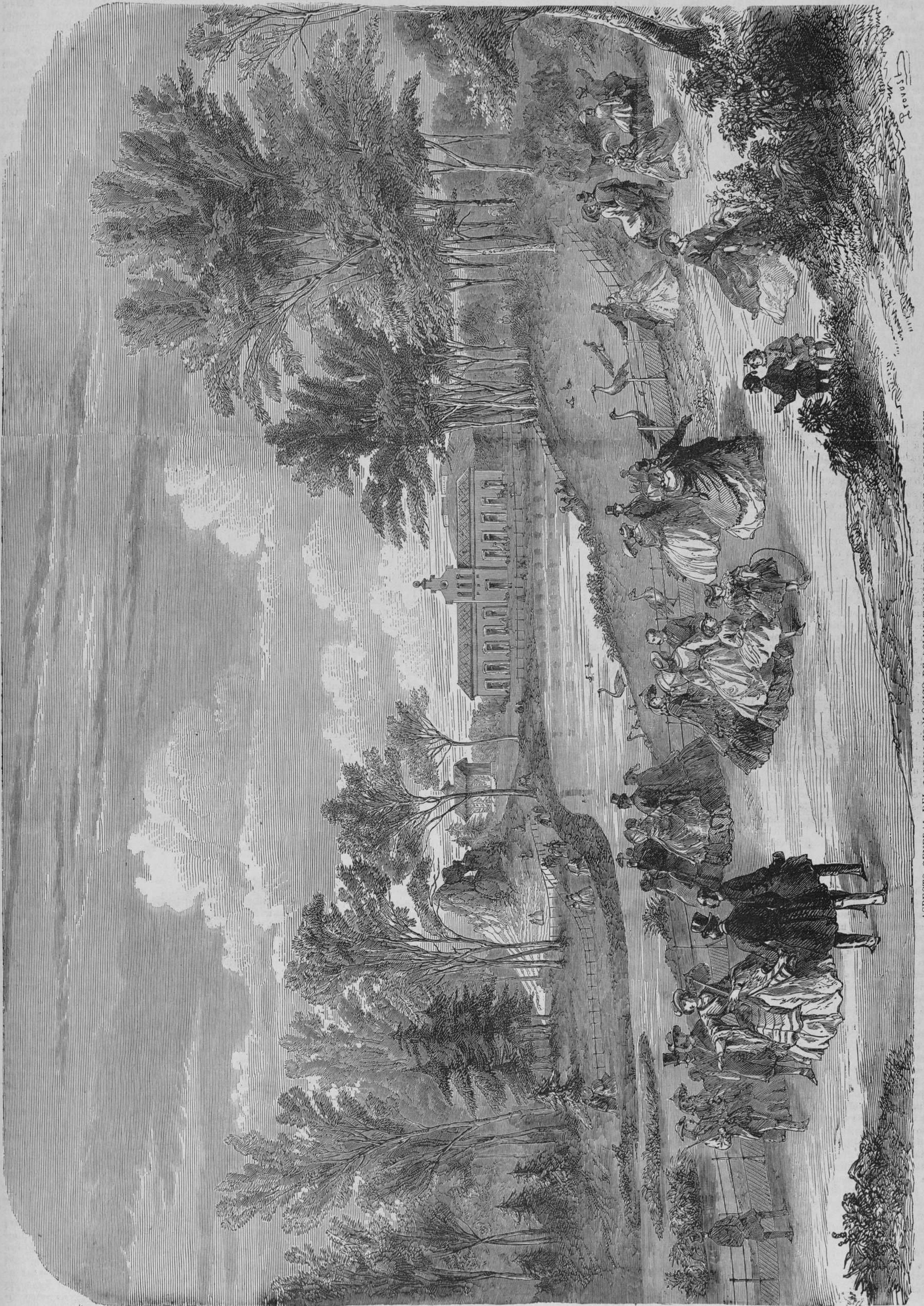
LA PAJABERA.

mientos consagrados á los diferentes trabajos de la piscicultura.

Pero el edificio mas curioso y que mas llama la atencion de la gente es el *aquarium*, una importacion inglesa.

Este *aquarium* es una vasta galería muy elegante, alumbrada sobre uno de sus lados por ventanas que ocupan todo el alto y el ancho del muro; en el marco de cada una de estas grandes ventanas se ha colocado una inmensa jaula llena ya de agua dulce, ya de agua del mar.

La luz penetra en la galería donde está el público á través de esas jaulas transparentes. El fondo de estos grandes co-



ASPECTO GENERAL DEL JARDIN ZOOLÓGICO DE ACLIMATACION EN EL BOSQUE DE BOULOGNE.

Groust

fres está lleno de guijarros, arenas, plantas acuáticas, etc. Peces, madreporas y moluscos de toda especie viven en esos receptáculos, y ponen en evidencia á los ojos del público los misterios que ocultan las aguas de los mares y de los ríos.

Inútil es decir que el jardín de aclimatación ha obtenido un gran éxito; este establecimiento es en el día la gran novedad de que hablan los parisienses.

V. B.

Revista de París.

Este año hay escasez de anécdotas de viaje. Los parisienses que han abandonado la capital durante el verano han regresado pronto, pues si en París el tiempo ha sido malo, no ha sido mucho mejor en los Pirineos y en Alemania. El tema de la conversación general es la lluvia; asunto monótono si los hay, pero que desgraciadamente continúa siendo la primera de las actualidades. A las aguas del verano han sucedido las de otoño, de manera que hay esperanzas de que París se convierta en una laguna inhabitable para la gente que carezca de coche ó de paciencia.

Sin embargo, entre los escasos incidentes de viaje que se cuentan en las primeras reuniones parisienses, señalaremos uno de los más curiosos. — La escena pasa en Biarritz, que como saben nuestros lectores es uno de los sitios más favorecidos por la elegancia.

En Biarritz se paseaba este año todos los días á la orilla del mar un joven á quien llamaremos Augusto, y que veía también diariamente por el mismo paseo á una señora muy bonita y vestida de luto riguroso.

Esta señora parecía huir de la gente; llevaba una vida muy modesta, apenas salía de la casa que había alquilado, y no se la veía nunca ni en el Casino, ni en ninguno de los lugares á los que concurren las personas á la moda.

Augusto logró sin embargo llamar su atención; á la primera ocasión que tuvo la habló, ella le respondió, y poco á poco tomaron la costumbre de conversar un rato en el lugar casi solitario que frecuentaban.

En suma, Augusto se enamoró de aquella beldad melancólica, y como entrambos eran libres, insinuó que deseaba pedirle su mano.

La señora le oyó aquella tarde sin interrumpirle; pero cuando hubo concluido de hablar, clavó en él una triste mirada y le dijo:

— Caballero, soy culpable con Vd. por haberle dejado entrever esperanzas que no pueden realizarse; contaré á Vd. mi historia y Vd. juzgará.

Cuatro años Matilde de R... (tal es el nombre de la heroína de esta historia), había ido á Spa con una tía, pues era huérfana de padre y madre. Matilde salía entonces del colegio con una salud muy delicada, que exigía grandes cuidados.

El que conoce las ciudades famosas adonde acude la gente de tono en el estío, sabe que en ellas se hace notar una clase de jóvenes muy elegantes, buenos mozos, de semblante expresivo, que saben hablar de todo y que se hallan en relaciones con todo el mundo, aunque nadie los conoce á ellos.

Lo primero que hacen es declarar que su objeto es divertirse y gastar mucho; pero sus verdaderos fines no son otros que los de encontrar alguna viuda ó alguna soltera rica que seducida por sus encantos les ofrezca lo que no tienen, es decir, una buena fortuna.

Algunos de ellos triunfan el primer año; otros se ven en la precisión de repetir las tentativas, y otros por fin se hacen viejos sin haber alcanzado lo que buscan.

Matilde vino á ser en Spa el blanco de todas las pretensiones; los elegantes en cuestión la rodearon y la hicieron la corte con empeño, sin que ninguno consiguiera ni por asomos el resultado apetecido.

La mujer tiene caprichos singulares, es cosa sabida.

Con aquella falange de adoradores contrastaba un sugeto que no se ocupaba nunca de Matilde, y precisamente esta circunstancia hizo que Matilde le distinguiera entre todos.

También era joven, de hermosa presencia y tenía además un aire triste que hacía interesante su fisonomía, en la que brillaban con expresión fatídica dos grandes ojos negros. No se hablaba más que de él en todas partes, y él apenas se dignaba conversar con dos ó tres privilegiadas; Matilde logró figurar á la cabeza de estas, poniendo en ello un empeño tanto mayor, cuanto más fuerte era la oposición que encontraba.

Pero en fin, al cabo de algunas tentativas infructuosas se salió de la suya, y desde aquel instante el joven todo lo olvidó por ella. Un mes después pidió su mano declarándose indigno de tal felicidad, aunque afectando al mismo tiempo una de esas pasiones volcánicas que triunfan de toda resistencia.

La tía respondió á la declaración diciendo que vería, que tomaría informes, y que si la posición, el carácter y la familia del pretendiente convenían á su sobrina, por su parte no se opondría á la boda.

En cuanto á Matilde, había aceptado inmediatamente; el joven la agradaba, tenía atractivos irresistibles; hasta se revelaba contra las dilaciones de su tía.

Los informes fueron fatales: el sugeto en cuestión era calavera, jugador y otras cosas por el estilo.

La tía cerró la puerta de su casa al pretendiente; pero Matilde cayó enferma, estuvo á punto de morir, y declaró á su tía que ella la mataba, por no dejarla casar con el hombre que había elegido.

Vencida por el afecto que la profesaba, la tía consintió al fin, pero advirtiéndola que si era desgraciada, lo sería por su propia culpa.

Los primeros tiempos fueron de color de rosa; el esposo realizaba todos los ensueños de Matilde; tenía talento, era aficionado á las artes, la llevaba á los teatros, accedía gustoso

á todos sus caprichos. En suma, se adoraban cada día más, y sin embargo, una nubecilla venía á oscurecer de cuando en cuando este horizonte risueño. La nubecilla se presentaba bajo la forma de un hombre vestido de negro que se presentaba cada trimestre en la casa turbando con su aspecto siniestro todas las alegrías.

El marido después de esta visita se ponía de un humor endiablado; no hablaba ni se reía, necesitaba algunos días para recobrar su animación ordinaria, y cuando se acercaba la época fatal, no dormía y se marchaba de casa muchas veces: su distracción era evidente, estaba desconocido.

A petición suya Matilde había firmado ya algunos papeles para la venta de algunas propiedades importantes; el marido aseguraba que hacía estas ventas para emprender ciertas operaciones que en poco tiempo aumentarían considerablemente su fortuna.

Matilde al principio no se alarmó; pero como esto se repetía demasiado entró en recelos, y consultó al notario de su familia, quien la aconsejó que negara su firma en lo sucesivo y que pidiera cuentas acerca de las operaciones comenzadas antes de seguir acordando su confianza á su marido.

Pocos días después este pidió otra firma (el hombre vestido de negro había hecho su visita el día anterior), y Matilde la rehusó heroicamente.

Su marido la suplicó tiernamente con lágrimas en los ojos; pero ella respondió que no quería arruinarse, que prefería conservar sus haciendas, que la daban un bienestar suficiente, á comprometer su fortuna.

La escena cambió entonces y el marido se puso furioso; su negra mirada despedía centellas; amenazó, juró, y llegó hasta el extremo de tomar la mano de la víctima para hacerla firmar por fuerza; Matilde gritó, pero sin ceder, y declaró que apelaría á la justicia para separarse de su marido.

La tía supo lo ocurrido, la policía intervino en el asunto, y hé aquí lo que vino á descubrirse.

Existe en París una industria que es muy útil señalar al público. El peligro es terrible para las jóvenes que comprometen la felicidad de su vida, que se exponen á todos los azares de la heroína de nuestra historia, sin poder descubrir el engaño sino cuando ya no es tiempo de remediarle.

El hombre misterioso era un especulador de nuevo género, un hombre que coloca su dinero sobre el porvenir de los buenos mozos. Una vez que los ha elegido, les da cada año cierta cantidad, mediante una escritura y contra pagarés á vencimientos indeterminados con un interés de cuarenta por ciento.

Después los dirige hacia las jóvenes ricas. Si ellos no consiguen casarse, en el año siguiente les presta un poco menos, y si en fin juzga que son torpes ó incapaces, entonces los abandona, contando resarcirse con los afortunados.

Así que uno de ellos concluye un rico matrimonio, le amenaza, le persigue, hasta que obtiene la mejor parte de la fortuna de la esposa. Con uno de estos tiene para cubrirse de las pérdidas que le ocasionan diez de los que no consiguen casarse.

De esta terrible especulación había sido víctima Matilde.

Ahora bien, en cuanto supo el marido que su mujer había descubierto lo que pasaba, comprendió que ya no podía vivir con ella, y se marchó á los Estados Unidos.

Matilde no ha vuelto á saber de él; pero de todos modos su historia hizo conocer al enamorado de Biarritz que tenía que abandonar sus pretensiones.

El viernes último se ha estrenado en el teatro del Vaudeville la pieza en cinco actos y un prólogo de M. Octavio Feuillet, titulada *Redención*. El aspecto del teatro, cuajado de notabilidades de todo género, teatrales, artísticas, literarias, y hasta políticas y financieras, manifestaba ya lo mucho que estima el público á M. Octavio Feuillet, y el interés que le inspiran sus obras, aun aquellas que, como *Redención*, son conocidas de antemano.

Sobre el éxito de esta pieza se puede decir que ha sido un nuevo triunfo para el autor, y para la empresa será una mina de oro como *Dalila*.

Poco ha sido el trabajo que ha hecho el autor en esta obra que, como *Dalila*, no fué escrita para el teatro: el prólogo que ha añadido es el desarrollo de una larga carta de la comedia primitiva; en cuanto á lo demás, todo se reduce á correcciones de detalles insignificantes y á la supresión de inútiles accesorios.

La ejecución, como de costumbre, brillantísima. Mlle Fargueil fué llamada á las tablas después del tercer acto, y aplaudida cien veces en la pieza, así como Felix, Brindeau y Ribes.

Pancani se hace aplaudir más cada noche en el *Trovador*. Deseamos verle en otra ópera; pero el público parisiense no quiere nada más que el *Trovador*, y al señor Calzado le cuesta poco trabajo darle gusto. Sin embargo, se anuncia el *Barbero* con Mario y Ronconi, es decir, con los artistas más sobresalientes que han interpretado hasta el día los papeles de Almaviva y Figaro en la obra maravillosa y eternamente nueva de Rossini.

MARIANO URRABIETA.

El pensamiento á los veinte años.

La forma y el color.

Hé aquí las dos principales maneras con que un cuerpo afecta á nuestros sentidos y nos da á conocer sus propiedades y su naturaleza.

Sin caer en un grave error, puede asegurarse que los colores representan mejor que la forma, la belleza estética, en tanto que esta es la más genuina expresión de la simetría y de la regularidad.

Por eso ambas cosas, forma y color, belleza y simetría, guardan estrecha relación con la naturaleza del cuerpo que nos manifiestan, indicándonos generalmen-

te por medio de sus transformaciones, las que sufre el objeto en su esencia.

Y no solo encontramos estos fenómenos en el mundo físico, sino que los vemos repetidos de una manera análoga en el mundo de la inteligencia, es decir, en la esfera de acción que puede recorrer el hombre como ser compuesto ó dual.

La imaginación se nos manifiesta por su *color*, esto es, por la manera con que pinta los objetos que el mundo presenta á su alrededor; y la inteligencia en su conjunto se nos revela por su *forma*, es decir, por su pensamiento dominante.

Desde los primeros tiempos, y atendiendo á ciertos caracteres físicos y morales, el hombre señaló varios períodos en su existencia, dándole nombres arbitrarios, y acomodó á esta clasificación todos sus conocimientos sobre el *te ipsum*, tan enorgullecido al compararse con los demás seres de la naturaleza.

Satisfecho de su obra, creyó inútil su perfeccionamiento; y las consabidas voces de juventud, virilidad y vejez, han sido siempre religiosamente aceptadas, sin desentrañar su fondo.

Y sin embargo, ¡cuántas divisiones secundarias admitimos en el uso común para comprender mejor el corazón humano! y ¡cuántos errores propalados de buena fe, cuántos tempranos desengaños por no atender á esas edades!

Porque en cualquiera sociedad, y mucho más en la que vivimos por suerte ó por desgracia, la naturaleza del hombre es un arco iris que nos presenta á cada instante una nueva luz y un nuevo color favorito. Pasiones terribles por su fuerza, deseos incesantes y nuevos placeres, suceden á los agostados en un año; y la planta ya mustia de nuestra esperanza suele reverdecer en el espacio de un solo mes.

Estas alteraciones, según nuestra teoría, se manifiestan por mutaciones de pensamiento; pero no de esos pensamientos variables que nacen en un día para morir al siguiente, sino de ese pensamiento fijo y siempre despierto, que es nuestra pesadilla en cada período de la vida: pensamiento al cual sacrificamos todas las preocupaciones del día, todos nuestros caprichos y momentáneos placeres, y que cultivamos con una exaltación religiosa dentro del corazón, hasta que se realiza ó es borrado de la inteligencia por otra edad, ó por otro pensamiento con distinta manifestación.

Si pues la imaginación y la razón son los manantiales seguros de las acciones del hombre en cada edad, acudamos á ellas para cumplir con el epigrafe de este artículo.

A los quince años, cuando está para rasgarse la blanca túnica de inocencia y pureza que la naturaleza arrojó sobre nuestros hombros al nacer; cuando el hombre quiere empezar á ver el borrascoso mar que le rodea, se presenta como pensamiento fijo y único el amor; el amor puro, sin deseos materiales, sin objeto, sin determinación, casi sin esperanza.

A ese pensamiento favorito se sacrifican todos los pensamientos futuros, todas las felicidades del momento, todos los ídolos de oro que mecían la imaginación durante un día, toda la alegría en fin, que lleva consigo esa edad hermosa.

El amor así presentado, es por lo tanto la forma moral del hombre de quince años, forma tan indeterminada como la física que empieza á adquirir su desarrollo y á fijar sus perpétuos límites.

Pero trascurrido ese período, más ó menos extenso según los caracteres y temperamentos, aparecen los veinte años con su fisonomía propia, con sus formas pronunciadas, con sus deseos concentrados, con la síntesis hermosa de todo lo que ha de ser la vida del hombre.

A los veinte años, ostenta ya el cuerpo las formas con que se ha de presentar en adelante; pero suavizados los contornos, brillantes con el exceso de juventud, y animados con la fuerza de la vida, que todavía conserva los vestigios de su impulso creciente.

Y al mismo tiempo el pensamiento toma su *color* y su forma propia y busca en todas las pasiones, ideas y placeres para cultivarlos con esperanza, para amarlos con el delirio de la fe.

La ambición pura y desinteresada, la ambición general, absoluta, sin límites ni condiciones, sin avaricia y sin generosidad, es el pensamiento, tipo de los veinte años que encadena todos nuestros deseos del momento, para dirigirlos y encerrarlos dentro de ese vasto cauce que arrastra y fascina á las tres cuartas partes de la humanidad.

Y observemos aquí la estrecha armonía, ó más bien diríamos simetría que se observa en la marcha del pensamiento y en los fenómenos de la imaginación, en esas dos grandes mitades de la vida, cuya valla son los cuarenta años.

Los quince presentan en la cabeza y en el corazón las mil locuras del amor platónico y espiritual.

Los cuarenta dan culto también al amor; pero al amor meramente sensual; al amor de cuerpo y de placeres.

Los veinte son, por decirlo así, el preludio de la ambición desinteresada.

Los cincuenta colman la medida de la ambición impetuosa é intransigente, que tiende á convertirse en avaricia.

A los veinte y cinco concretamos nuestros deseos, aspirando como última salvación á una medianía; pero á una medianía cubierta ligeramente de ilusiones.

Pasados los cincuenta, se dedica también el hombre á un solo objeto; pero ese objeto está vestido de desen-

gaños y va cubriéndose con el sudario de la muerte. Y ese mismo enlace de fenómenos prueba claramente la verdad de nuestra teoría, aplicada á la edad que hemos presentado como tipo.

La ambición es la pasión, síntesis de todas las demás pasiones, y la que contiene en sí misma el germen de todas las manías que absorben la vida de un hombre.

La ambición por lo tanto es una doble transición de lo material á lo espiritual y de lo espiritual á lo material.

El amor, espiritual al principiarse la pubertad, se determina y se fija á los veinte años, tomando el aspecto complejo de alma y cuerpo, que es su verdadera expresión.

La sed de gloria por el contrario, se ostenta en todo su desarrollo sin aspiraciones mundanas, brillante como el sol, cuya luz quiere fijar en su mirada, y pintada de hermosos colores que cubre el azul de un cielo esperado.

Las riquezas, deseadas como medios de ejecución, no se presentan con su acompañamiento de miradas escudriñadoras, de miseria y de locura.

El poder, los placeres y el lujo también dejan percibir su aliento abrasado en la frente del hombre de veinte años; pero son plantas que nacen y no se han desarrollado, niños que sujeta la mano fuerte de la razón, criados sumisos que doblan la rodilla ante la idea síntesis que impera.

Hé aquí pues cómo á los veinte años el amor se materializa, la ambición del espíritu domina casi absolutamente, y el baño material que la prestan las demás pasiones sociales, está embotado por un corto tiempo para dar origen á la terminación de la edad y de sus exigentes aspiraciones.

Pero ¿podrán determinarse precisa y circunstancialmente los límites de esta época de la vida y sus transiciones graduales? La analogía que según hemos visto existe siempre entre el espíritu y la materia nos prueba que no. En esa serie de colores diseminados, en esa escala cromática de la inteligencia, es imposible hallar un punto aislado y sin conexión, como es imposible hallar en el crepúsculo la separación completa del día y la noche, como es imposible en una flor sorprender el instante preciso de su total desarrollo y de su decrecimiento.

Los análisis en los fenómenos morales nos aproximan á la verdad; pero nuestra inteligencia solo halla la armonía en los hechos aislados y no en el conjunto. Y es que cuando la razón se estudia á sí propia, ha de presentarse necesariamente de un modo distinto del que es en sí, puesto que es una síntesis y nosotros buscamos un análisis.

EDUARDO SERRANO FATIGATI.

A señor necio, criados brutos (1).

Era un hombre muy original el marqués de Agua Bermeja, y como tal difícil en extremo de ser traducido: sus originalidades hacían, sin embargo, muy poca gracia á su esposa, que montada más á la moderna y apasionada de las novelas de Soulié y de Dumas, era aficionada por lo mismo á todas las traducciones. Ambos conyugues iban por un mismo camino, y ambos sin embargo procuraban no encontrarse: sucedía, no obstante, que se encontraban, y no á la vuelta de una esquina, sino á la entrada de un salón ó á la salida de una alcoba. El marqués gruñía, la marquesa callaba y ambos proseguían su camino.

Una de las muchas rarezas del buen marqués era la de mudar tantos criados como camisas, y esto como es consiguiente daba lugar á sainetes divertidos: tenía también la singular manía de alternar con todos sus criados como de igual á igual, la de franquearse con ellos en muchas ocasiones, lo cual hacía que de vez en cuando se le subiesen á las barbas, y lá de convertirlos con frecuencia en sus íntimos confidentes, lo cual también, como es natural, tenía por precisión que ocasionarle algún disgusto.

Una noche iba á acostarse, y llamando á su fámulo le dijo:

— Toribio, mañana tengo que despachar varios asuntos: llámame pues en cuanto amanezca.

— Bien, señor; contestó el fámulo: ya tocará Vd. la campanilla.

Esta simpleza del criado irritó tanto al marqués, que inmediatamente le plantó en la calle: y no vaya á creerse por esto que el marqués fuese ningún sabio, nada de eso: el marqués era tan obtuso de entendimiento como algunos de los gallegos que entraban á servirle, y muchas veces sus expresiones variaban muy poco de las de sus fámulos.

El marqués de Agua Bermeja se acostó aquella noche de mal humor, y habiéndole dicho su esposa que tenía un modo de dormir muy feo y que su semblante cuando estaba entregado al sueño era extremadamente horroroso, llamó á otro de sus ayudas de cámara (el marqués tenía cuatro) y le dijo:

— Tráeme un espejo y pómelo á los pies, que quiero ver cuando me haya dormido si estoy en efecto tan feo como dice mi señora.

Hízole así el criado, y pocos momentos después el marqués roncaba de una manera muy parecida á la de

sus mozos de cuadra. Como estaba dormido, claro es que no podía lograr su objeto, y lo que sucedió fué que en una de las mil vueltas que daba dentro de la cama pegó tal puntapié al espejo, que el precioso mueble cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

El marqués despertó al ruido con bastante mal humor cuando aun sus ayudas de cámara no se habían acostado, y restregándose los ojos con la punta de la sabana, tiró del cordón de la campanilla. Uno de los ayudas de cámara se presentó en la puerta de la alcoba.

— ¿Qué haces, Pedro? dijo el marqués.

— Nada, señor: contestó el criado.

— ¿Y tú, qué haces, Juan? añadió el marqués levantando la voz.

— Señor, ayudar á Pedro; contestó el otro ayuda de cámara presentándose en la alcoba.

El marqués hizo mil gestos de disgusto, se incorporó en la cama lleno de cólera, y levantando los brazos en ademán de desesperación, exclamó con voz atronadora:

— Pues ahora mismo te vas á la calle, que yo no quiero en mi casa gente tan holgazana.

— ¡Pero señor! exclamó el criado, si estaba ayudando á Pedro...

— ¿Y á qué, replicó el marqués lleno de furia, si Pedro no hace nada?

— A dormir, contestó Juan humildemente.

La furia del marqués se aplacó un poco, y después de mandar salir á Juan le dijo al otro criado:

— Pedro, asómate al balcón y mira si amanece.

Pedro abrió las vidrieras, se asomó á la calle, y después de mirar al cielo por espacio de algunos minutos, se retiró del balcón diciendo:

— ¡Ah! señor; está muy oscuro y no lo veo: voy por el candil.

— ¡Pero bruto! exclamó el marqués; ¿no tienes ahí fósforos?

— ¡Ah! sí, señor; V. S. dispense.

Pedro encendió un fósforo, volvió á asomarse al balcón, y retirándose después de unos instantes añadió:

— Debe ser tarde, señor; porque los faroles están encendidos, y no se ve un alma por la calle.

El marqués se quedó muy satisfecho, y volviéndose del otro lado se decidió á dormir: durmió en efecto toda la noche, y cuando amaneció le despertaron los criados, el marqués se desayunó con un gran vaso de leche, y después de habérselo bebido, dijo:

— Paréceme, Pedro, que esta leche no es tan buena como la de otros días.

— No será tan buena, señor, contestó Pedro; porque como está recién parida la lechera...

— ¡Qué! ¡qué! ¿bruto?

— Que como la lechera está en la cama recién parida, la bautizarán sus criados.

— ¡Yaaa!... ¿ha venido alguien á buscarme?

— No, señor! un galleguito estuvo ahí; pero no ha venido nadie.

— ¡Ah! ¿y un gallego no es nadie?

— Sí, señor, pero...

— ¿Y qué quería?

— Quería, quería... créame V. S., señor; no sé lo que quería.

— ¡Habrás bruto! pero ¿qué ha dicho? venía tal vez de parte de la condesa...

— ¡Ah! no, señor; ha dicho... ha dicho... ha dicho que V. S. le dijo que le diría... vamos, ya me entiendo V. S.

— Lo que yo entiendo es que eres un gánapiro, un bestia, un salvaje, un animal...

— Señor...

— Cuando venga ese galleguito, que pase.

— Pero si no se ha marchado, señor...

— Acabarás... ¡voto al diablo!...

— No se incomode, señor; voy á decirle que pase.

A los pocos momentos un gallego joven y bien portado pidió permiso desde la puerta de la alcoba.

Concedido que le fué entró en ella, y el marqués, que sea dicho de paso, tenía fama entre todos los criados de Madrid de derrochador y calavera, le dijo:

— Tú quieres que te admita de criado, ¿no es eso?

— Sí, señor; contestó el gallego.

— ¿Y tienes persona que te abone ó responda de tí?

— ¡Cómo! replicó el gallego; yo soy quien pido á usía un fiador para el pago de mis salarios.

Oír el marqués esta contestación y saltar de la cama como si una víbora le hubiese mordido, todo fué cosa de un instante; cogió un bastón que junto á la cama tenía, y el gallego que esto vió echó á correr por los salones, sin parar hasta la escalera.

— ¡Habrás tunante! decía el marqués muy sofocado: á mí acusarme de que no pago salarios... ¡voto al diablo! ¡ah! si se hubiese esperado un poco...

Luego que nuestro buen señor estuvo vestido, bajó á las cocheras, y como tropeza en el patio con los escombros de ciertos tabiques que había hecho derribar, llamó á uno de los lacayos y lo apostrofó con energía diciéndole:

— ¿Porqué no has limpiado este patio?

— Señor, contestó el criado, ¿cómo quiere V. S. que quite yo todo eso? se necesita un carro para llevar todo ese escombros.

— ¿Pues tienes mas que hacer un hoyo y enterrarlo en él? replicó el marqués muy satisfecho.

— En efecto, señor; pero y la tierra que sacase del hoyo, ¿dónde había de echarla?

— ¡So bruto! replicó entonces el marqués enfurecido, ¿tienes mas que hacer el hoyo bastante grande para que quepan en él la tierra y los escombros? Vaya unas dificultades...

— ¿Pues tienes mas que hacer un hoyo y enterrarlo en él? replicó el marqués muy satisfecho.

— En efecto, señor; pero y la tierra que sacase del hoyo, ¿dónde había de echarla?

— ¡So bruto! replicó entonces el marqués enfurecido, ¿tienes mas que hacer el hoyo bastante grande para que quepan en él la tierra y los escombros? Vaya unas dificultades...

— ¿Pues tienes mas que hacer un hoyo y enterrarlo en él? replicó el marqués muy satisfecho.

— En efecto, señor; pero y la tierra que sacase del hoyo, ¿dónde había de echarla?

— ¡So bruto! replicó entonces el marqués enfurecido, ¿tienes mas que hacer el hoyo bastante grande para que quepan en él la tierra y los escombros? Vaya unas dificultades...

El marqués entró en las cocheras, inspeccionó con minuciosidad el estado de sus carruajes, y luego se dirigió á las cuadras.

— ¡Eh! ¿dónde está el caballo que compraste ayer? dijo á uno de sus mozos.

— Este es; contestó el interrogado señalando á un caballo joven, inquieto y de hermosa estampa.

El marqués, que habiendo oído decir que los caballos llevaban la edad marcada en la boca, examinó las mandíbulas del fogoso corcel, y después de contarle los dientes y muelas exclamó enfurecido:

— Te han engañado, miserable: este caballo tiene treinta y dos años, y te lo han vendido por de siete: ahora mismo vas á que te lo cambien; ¡infamia! ¡infamia!

El mozo de caballos le convenció del error que padecía, y el marqués se deshizo luego en elogios del fogoso bruto, como tratando de enmendar su pifia: dirigiéndose luego al mozo, le dijo:

— Hombre, descolorida tienes la cara, ¿estás enfermo?

— No, señor, pero he pasado mala noche.

— ¿Pues cómo?

— Deshice ayer las almohadas para lavar la lana, y he tenido por cabecera un cofre.

— Que estaría duro, ¿no es eso?

— Sí, señor.

— Pero bruto, ¿y porqué no lo rellenaste de paja?

El mozo de caballos lanzó una sonora carcajada, y comprendiendo entonces el marqués el triste papel que estaba desempeñando entre sus estúpidos lacayos, abandonó las cocheras y subió á sus habitaciones.

Dióle aquel día por no almorzar con su esposa, y luego que estuvieron puestos los manteles tuvo la humorada de convidar á sus criados. El almuerzo fué en extremo divertido, y por la conversación que durante él mantuvieron el señor y sus sirvientes, pueden de ello convencerse nuestros lectores.

— Bien mirado, decía el marqués dando principio al diálogo, somos unos animales; porque la tercera parte del tiempo la gastamos en comer, la otra tercera en pensar, y la otra tercera en dormir.

— En lo del sueño y la comida convengo, señor, dijo Pedro; pero en cuanto á lo del pienso, V. S. me permitirá que le diga, que eso de pensar solo se queda para los caballos.

— Hombre, no seas tan materialista; una cosa es pensar y otra cosa es discurrir, añadió entonces el marqués dándose tono. Digo que bien mirado somos unos animales, y en efecto es así: solo pensamos en comer, beber, dormir y divertirnos; y luego ¿para qué? Para morirnos el día menos pensado.

— Tiene V. S. razón, dijo entonces Juan tomando parte en la conversación: eso de morirse es una cosa bien triste, y aseguro con verdad que quisiera conocer un país donde nadie se muriese; allí iría yo á acabar mis días.

El marqués tomando la revancha de lo de la cuadra, lanzó una sonora carcajada, y comprendiendo Juan que había dicho un disparate, trató de enmendarlo y añadió:

— Quiero decir que si conociese un país donde no se muriese nadie, iría á pasar en él el resto de mi vida.

Otra carcajada del marqués anunció á Juan que su nueva frase había sido otra nueva barbaridad, y cerró su boca decidido á no tomar parte en la conversación.

Prosiguiendo el diálogo sobre el mismo asunto, dijo Pedro:

— Y es menester convenir, señor marqués, en que hoy la vida es mas corta. Antes se vivía mas tiempo; yo recuerdo haber leído la historia de Matusalen, y allí decía que aquel buen hombre había vivido novecientos años.

— Sin embargo, añadió el marqués, aun hay provincias donde los casos de longevidad son muy notables y hasta frecuentes: en Lugo, por ejemplo, acaba de morir ahora un pobre anciano que contaba ya ciento tres años y algunos meses.

— ¡Toma! exclamó Juan; eso no es nada. Ciento veinte y ocho años tendría ahora mi abuelo si no se hubiese muerto de una apoplejía.

Otras nuevas carcajadas resonaron en los ángulos del salón, y Juan se arrepintió nuevamente de haber hablado. Restablecido algún tanto el silencio, el marqués continuó hablando y dijo:

— Y después de todo, yo he pensado que el mejor modo de hacer mas llevadera la vida es el de pasarla viajando. ¿Habeis viajado alguna vez?

— Sí, señor, contestó Pedro; yo por mi parte pasé muchos miedos por el camino cuando vine á Madrid desde Arganda, mi pueblo natal. Aun me parece que veo á los ladrones...

— ¿Cómo! ¿te salieron ladrones?

— ¿Que si salieron? ¡vaya!

— Pero hombre, y a quién se le ocurre ponerse en camino sin un par de pistolas...

— ¡Oh! ya traía yo una navaja de vara y media en el fondo de mi cofre; pero como venía cerrado y se me había perdido la llave, no me sirvió de nada, que si no... Recuerdo que veníamos once por el camino real y después de pasado el puente salieron tres ladrones, nos echaron el alto, nos apuntaron con los trabucos y...

¡cataplun! no salió ningún tiro; pero peor para nosotros, porque nos mamamos un susto como para nosotros solos. Figúrese V. S. que nos ataron, y después de robarnos cuanto llevábamos, nos dieron una paliza, que ni la de un arriero.

— Pero hombre, repuso el marqués, y siendo tres los ladrones y vosotros once...

— Pero hombre, repuso el marqués, y siendo tres los ladrones y vosotros once...

— Pero hombre, repuso el marqués, y siendo tres los ladrones y vosotros once...

— Pero hombre, repuso el marqués, y siendo tres los ladrones y vosotros once...

(1) El autor al escribir este artículo no ha hecho otra cosa que agrupar unas cuantas anécdotas que andan perdidas por las columnas de los periódicos, procurando dar alguna novedad al asunto.



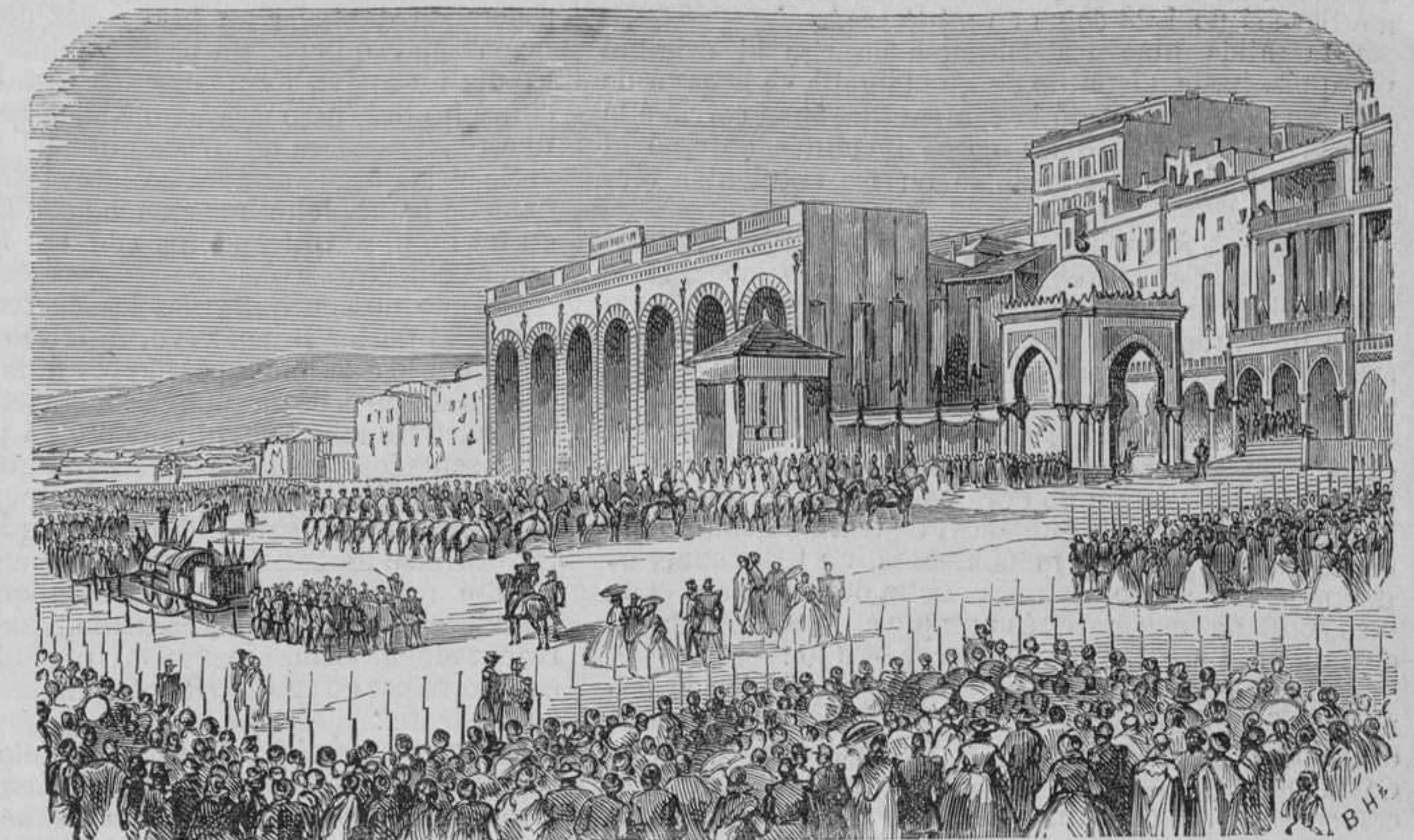
VIAJE DE SS. MM. — ARCO DE TRIUNFO ELEVADO POR LOS NEGROS DE ARGEL.

— Ya, pero como nosotros íbamos solos...
 Otra nueva carcajada general acogió las palabras de Pedro.
 — ¿Con que ibais solos, replicó el marqués, y érais once?
 — ¡Oh! pero ninguno de nosotros era ladrón.
 — ¡Yaya! veo que todos teniais sangre de horchata en las venas; de modo que si mañana te injurian llamándote pillito en medio de la calle, no serás para defenderte.
 — ¡Oh! sí, me defendería, replicó Pedro.
 — Pero de seguro que tú no eres de aquellos que dicen: las manchas de honor deben lavarse con sangre.
 — ¡Oh! eso nunca; no me gusta esa legía.
 En esto trajeron los postres, y el marqués hizo pla-

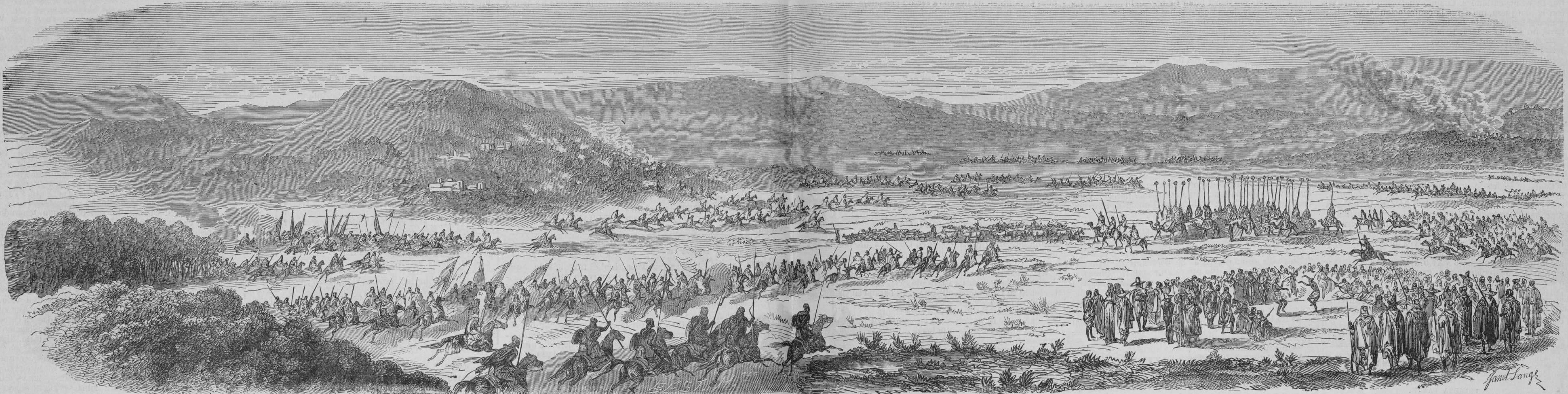


LA TIENDA DE LA EMPERATRIZ.

tos á sus criados; púsole á Pedro una lonjita de queso muy delgada, y Pedro en seguida se tapó la boca con ambas manos.
 — ¿Porqué haces eso? preguntó el marqués lleno de asombro.
 — Señor, por no echarla fuera del plato con el resuello, contestó.
 Concluido que fué el almuerzo, el marqués quiso proporcionar un rato de diversion á sus criados, y al efecto empezó á tocar una gaita que á prevención habia mandado traer, y con tal perfeccion la tocaba, imitaba de tal modo á los gaiteros gallegos, que Juan levantándose de la silla dispuesto á bailar la muñeira, se plantó delante de su amo en actitud coreográfica, y lleno de júbilo exclamó:
 — ¡Ah! señor; por fuerza



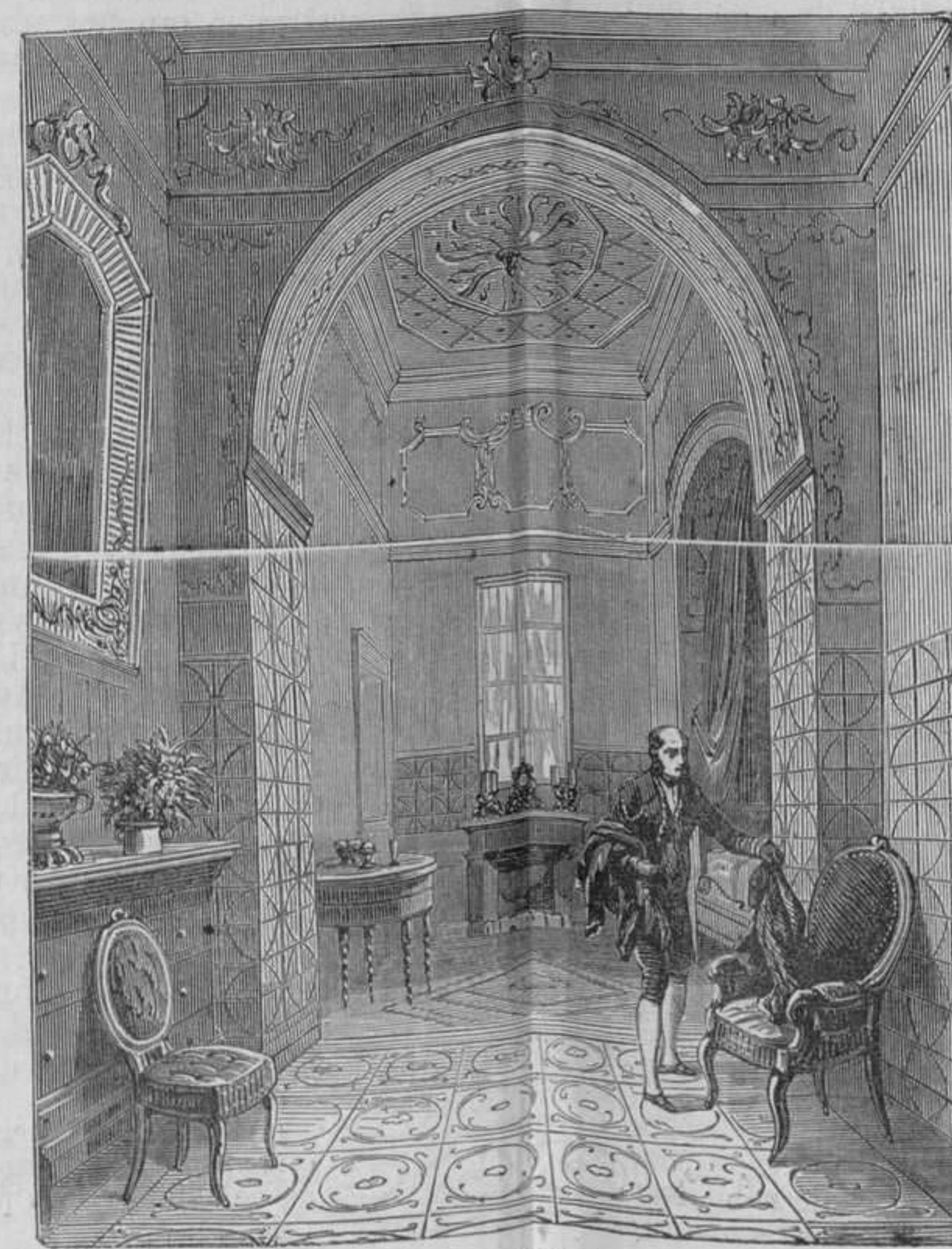
COLOCACION DE LA PRIMERA PIEDRA DEL MUELLE DE LA EMPERATRIZ EN ARGEL.



SIMULACRO DEL ATAQUE DE UNA CARAVANA.



LA CAZA DE AVESTRUCCES.



CUARTO DE S. M. EL EMPERADOR EN EL PALACIO DEL COMANDANTE SUPERIOR DE LA ARGELIA.



UNA DIFFAH.

que V. S. ha sido gallego alguna vez, porque el diablo me lleve si no toca como en mi tierra.

Esta salida hizo desternillarse de risa al original marqués, hasta el punto de que la gaita se le cayó de las manos. En esto sonó la campanilla, Juan corrió a la puerta y volviendo a los pocos instantes entregó al marqués una carta concebida en los siguientes términos:

« Excmo. señor marqués de Agua Bermeja. Muy señor mío: mañana es el santo patron de este pueblo de que V. E. es titular, y en celebridad habrá por la mañana una funcion de iglesia. Por la tarde se correrán seis toros, y si V. E. se digna asistir, serán siete. — Soy siempre de V. E., etc. »

El marqués frunció el entrecejo, y aquella estúpida carta le puso ya de mal humor; pensaba tal vez en si serian pullas las que no eran en realidad si no faltas gramaticales. Recordó entonces que tenia un asunto urgente que despachar y mandando salir a todos sus criados menos a Pedro, que sea dicho de paso, era el de mas confianza del marqués aunque el mas bruto de todos, cerró la puerta del comedor y le dijo:

— Mira, Pedro; te voy a encargar una delicada comision. Se me habia olvidado que estaba convidado a comer en casa de la condesa de X...; ya se me ha pasado la hora, y no puedo por consiguiente asistir a la cita: vete pues corriendo y dila de mi parte que un asunto urgentísimo me ha impedido cumplir mi palabra. Este recado por supuesto lo harás sin que lo sepa la marquesa, porque tiene celos, como sabes, y... en fin, tú ya me entiendes. Cuando vuelvas, que estaré yo con la marquesa, me darás la contestacion en voz alta, y aparentando que te he mandado a casa de un caballero, no de una señora, ¿comprendes?

— Sí, señor, contestó Pedro.

— Pues anda volando.

Pedro desapareció, y el marqués pasó al gabinete de su señora: aun no hacia media hora que conversaba con ella, cuando Pedro se presentó a él de vuelta de su comision.

— ¿Estaba en casa el señor? le preguntó el marqués.

— Sí, señor.

— ¿Qué te ha dicho?

— Que estaba muy bien, y que se iba a la Fuente Castellana.

— A la Fuente Castellana a pasear ¿eh?

— Sí, señor; y por cierto que si me descuido un poco no le encuentro ya en casa, porque cuando llegué se estaba poniendo la mantilla.

Concluir Pedro de pronunciar su última palabra y armarse una marimorena de mil diablos, todo fué uno, como pueden comprender nuestros lectores. Gritaba la marquesa llamando infiel a su marido, protestaba el marqués disculpándose con la brutalidad de su criado, el criado procuraba enmendar su falta añadiendo que habia querido decir el *gabán* en vez de la *mantilla*, y resultado de todo esto fué lo que no podia menos de ser: que la marquesa no volvió a dirigir la palabra a su marido en mucho tiempo, que Pedro tuvo que salir a escape de la casa y poco menos que rodando los escalones, y que el bueno del marqués juró para en adelante no tener mas confianzas con sus criados, ni convidarlos a almorzar, ni encomendarles comisiones delicadas.

MANUEL TORRIJOS.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

— Me gusta representar mas años de los que tengo, repuso al cabo de un momento de reflexion, durante el cual se habia vuelto a sentar sobre la yerba. No se fiarian con facilidad en un dependiente con aire de niño. Pero vuestro padre tiene confianza en mí.

— Sí por cierto; ayer mismo me decia que le agradaba ver que hacias estudios sin perjuicio de cumplir con tus obligaciones.

— Vergüenza me daria que fuera de otro modo; me alegro mucho de eso, Phineas.

— Creo que tiene intenciones de hacerte adelantar para san Juan. Pero, añadí volviendo a una idea que me perseguia siempre, como yo desearia que fueras algo mejor que un dependiente de la tenería, tengo un proyecto.

Tuve que interrumpirme; Jael venia hacia nosotros con aire muy serio. Sabia que habia tenido la víspera una larga conferencia con su amo sobre un asunto que me callaba, aunque diciéndome que me era indiferente. Desde entonces me habia seguido aquí y allá, casi con ternura, llamándome mas de una vez: « Mi querido Phineas, » como cuando era niño.

Venia a decirme que me esperaban mi padre y el doctor Jessop.

Jael me siguió murmurando entre dientes:

— Matarle ó curarle... está tan débil... Abel Fletcher pierde el juicio; creo que Thomas Jessop se lo dirá.

Y otras palabras por el estilo que me hicieron comprender el asunto: se trataba de un porvenir que mi padre no perdía de vista, y que mis enfermedades sucesivas habian conjurado hasta entonces.

Sabia que las esperanzas de mi padre eran vanas, y con dolor acudí a la entrevista.

Seria inútil detallar lo que pasó; solo diré que desde

aquel momento mi padre renunció para siempre a la esperanza de tener un hijo capaz de sucederle en los negocios, y que por mi parte yo debí renunciar a ser un día un apoyo y un consuelo para él. Mucho padecimos los dos, pero guardamos silencio, y jamás se dijo una palabra sobre tan triste punto.

Me volví a buscar a mi amigo y le conté lo que acababa de pasar. John me escuchó con la mano apoyada en mi hombro, mirándome con ese aire de simpatía que es tan expresivo.

Cuando nos encontramos los cuatro en la mesa, mi padre, el doctor Jessop y yo, ninguno de nosotros hizo alusion a lo que habia pasado por la mañana.

Pero despues de la marcha del doctor, en tanto que mi padre fumaba tranquilamente su pipa y que John y yo sentados al lado de la ventana guardábamos el silencio respetuoso que en aquel tiempo sabia imponerse naturalmente la juventud, observé que las miradas de mi padre se fijaban frecuentemente en nosotros dos.

¿Era posible que la insinuacion que yo me habia atrevido a hacer aquella mañana, que mi padre habia rechazado desdeñosamente en un principio, hubiese echado raíces en su espíritu y se hallara a punto de dar algun fruto?

Yo así lo esperaba y lo pedia al cielo con ardor.

La tarde pasó apacible. Las campanas tocaron la oracion, y luego las sombras de la noche velaron poco a poco el paisaje. Una hermosa estrella brillaba sobre la torre de la abadía.

Nosotros la mirábamos desde el jardín donde nos paseábamos cuando hacia buen tiempo hablando de las cosas del cielo y de la tierra, sobre todo de las primeras como conviene hacerlo un domingo al anochecer cuando los astros resplandecen encima de nuestras cabezas.

— Phineas, me dijo mi amigo sentándose sobre la yerba en tanto que la estrella de que he hablado se reflejaba en sus ojos y les daba un brillo particular; Phineas, quisiera saber cuándo seremos llamados a dejar esta vida serena que llevamos aquí, para combatir en la arena del mundo, y me preguntó si estamos bien preparados para la lucha.

— Supongo que tú lo estás.

— No lo sé; ignoro hasta qué punto podria resistir a la tentacion del mal. ¡Hay tantas cosas vituperables que nos gustan! Verbigracia, mañana en vez de levantarme para ir a emborronar papel durante diez horas, ¿no preferiria yo escaparme, correr por el mundo, hacer locuras y no volver quizá a la tenería?

— ¿No volver mas?

— No, no; he hablado con ligereza; he querido decir que a veces podria tener como deseos de hacerlo; cada cual tiene su tentador, pero no os dé cuidado, Phineas, yo he vencido al mio.

Se levantó y parecióme que estaba pálido. Me dió la mano para ayudarme a mí y nos dirigimos en silencio a la casa.

Despues de la cena, cuando oimos las nueve y media, John se dispuso a dejarnos. Se adelantó hacia mi padre, mas sumergido que nunca en sus meditaciones, y le dió las buenas noches dos veces seguidas, pues a la primera mi padre no se habia movido.

— ¡Eh! buenas noches... espera, John: ¿qué tienes que hacer mañana?

— No tengo que hacer mucho, a menos que lleguen los cueros de Rusia; ayer noche arreglé como de costumbre las cuentas de la semana.

— Bien, mañana examinaré tus libros para ver cómo están, y veremos lo que serás capaz de hacer en adelante. Puedes tomarte un día de licencia, si quieres.

John y yo le dimos las gracias.

— Se cumple tu deseo, dije a John en voz baja; puedes correr el mundo durante todo un día.

Pero todo esto se habia borrado de su mente segun me contestó.

Convinimos pues en pasar tranquilamente todo el día siguiente en los campos situados a una milla de Norton-Bury que llaman los viñedos.

A la otra mañana nos dirigimos a esos campos pasando junto a la cerca de la abadía y atravesando un senderillo plantado de sauces. Por fin llegamos a los viñedos donde segun la tradicion, los frailes habian hecho grandes vendimias. La historia cuenta que despues fueron regados con la sangre de las batallas.... mas de un campeon de las guerras de las dos rosas durmer allí bajo la yerba de los prados y bajo las raices de los manzanos silvestres.

Nos tendimos sobre un monton de heno al abrigo del sol. ¡Qué aire tan puro respirábamos! ¡Qué calma tan apacible nos rodeaba! La torre de la abadía, el punto de vista mas pintoresco en toda la proximidad de Norton-Bury, parecia estar a nuestro lado.

— John, exclamé yo al fin, ¿estás contento?

— Sí.

Y de un comun acuerdo nos entregamos los dos a una hora de meditaciones.

En la tarde cuando concluimos de merendar, John me dijo de repente:

— Phineas, ¿no os parece que este campo es un poco triste? Podiamos ir a otra parte si no estais cansado.

Yo le aseguré que no lo estaba; mi salud era aquel año mejor que de costumbre.

En el momento en que salimos del campo encontramos a dos personajes de aspecto singular que entraban en él. Parecian a la vez jóvenes y viejos; se les habria podido suponer cualquiera edad, y atribuirles cualquiera profesion. Su traje sobre todo, nos pareció una extraña mezcla de elegancia y de sencillez. El mas joven de los dos era el mas original; tenia medias grises

y zapatos con hebillas de piedras falsas, un calzon de terciopelo viejo muy rapado y un casacon de paño azul; pero llevaba esta vestidura heteróclita con una gracia y un aire de buen humor que daba gusto verle.

— Caballero, dijo a John haciéndole un saludo de córte, ¿tendrais la bondad de decirnos cuánto hay de aquí a Coltham?

— Diez millas, caballero, y la diligencia pasará por este sitio dentro de tres horas.

— Gracias; ¿nos permitís que continuemos nuestra comida? ¿Sois aficionados a las zanahorias?

Mordía realmente una zanahoria y nos ofreció; yo le dí gracias, pero John mas delicado que yo en punto a urbanidad tomó una zanahoria.

— Peor se puede comer, dijo mi amigo; y ya me ha sucedido algunas veces.

— Es un capricho que he tenido; pero no soy la primera persona notable que haya comido zanahorias en vuestros campos de Norton-Bury y que despues haya hecho el oficio de predicador ambulante... el célebre John-Philip...

Pero aquí el de mayor edad y el menos agradable de los dos viajeros tocó con el codo a su compañero haciéndole sena de que se contuviera.

— Mi compañero tiene razon, caballero, repuso; no haré traicion a nuestro ilustre amigo revelando su nombre; es un grande hombre en el día, y quizá desea se ignore que alguna vez ha comido zanahorias. ¿Puedo daros mi humilde nombre en su lugar?

Se nombró en efecto, pero yo imitaré su reticencia, pues él tambien ha llegado a ser un personaje muy conocido en una sociedad que no frecuento yo. Ojalá conserve la alegría de su juventud. De todos modos me contentaré con llamarle Carlos.

— Ahora que hemos comido, exclamó, me permitiréis que me aproveche de vuestra noticia; me habeis dicho que la diligencia pasará por aquí dentro de tres horas... os saludo, M...

— Halifax.

— ¿Y vos, caballero?

— Fletcner.

— ¿De la misma familia que el socio del digno Beaumont? (1).

— Mi padre no tiene socio, respondí.

Pero John que tenia ya mas instruccion literaria que yo y que sabia contestar a todo, se apresuró a responder que yo era de la misma familia que los dos poetas de mi nombre, Giles y Phineas Fletcher. Sobre esto M. Carlos se me quitó el sombrero y me felicitó por mi ilustre origen.

— Evidentemente este hombre tiene mucho mundo, me dijo John sonriendo. ¡Cuánto deseo yo saber lo que es el mundo!

— ¿No has visto nada en tu infancia?

— Lo que he visto ha sido muy triste, y no es eso lo que busco. De todos modos M. Carlos es un hombre notable, y me alegraría volverle ver.

— Y yo tambien.

Hablando llegamos a un sitio llamado por las gentes del pais « la Pradera sangrienta, » porque segun la tradicion se habia dado allí una gran batalla en tiempo de Ricardo II.

Nos hallábamos justamente en el tiempo de la siega, y toda la poblacion activa de la comarca parecia estar reunida allí para apresurar las diversas operaciones de la cosecha.

— Seria mejor que buscásemos un sitio mas tranquilo, dije yo a John; me parece ver un tumulto en la pradera... ¿pero qué hombre es aquel que está de pié sobre un carro de heno al otro lado del arroyo?

— ¿No recordais el casacon azul? Es M. Carlos. ¡Cómo gesticula!... ¿qué está haciendo?

Y saltando el cercado, John echó a correr hacia la Pradera sangrienta. Yo le seguí con menos agilidad.

Era efectivamente M. Carlos que estaba de pié con la cabeza descubierta y arengando desde lo alto de su rústica tribuna a los segadores agrupados que le escuchaban atentamente.

¿Qué les decia? ¿Les estaba predicando?

Nos acercamos y así era. A cada instante temiamos escandalizarnos, pero debo decir en honor de aquel predicador ambulante, que no traspasó los límites del decoro. Su discurso era como un ensayo de moral sobre la misericordia.

Nunca habiamos oido hablar con tanta elocuencia en Norton Bury. Es verdad que John y yo éramos criticos muy novicios, y no sé qué efecto nos habria producido aquel discurso diez años mas tarde; pero de todos modos no experimentamos menos entusiasmo que el resto de aquel auditorio, cuando despues de haber pintado a grandes rasgos los horrores de la guerra, viendo a las mujeres y a los ancianos conmovidos hasta verter lágrimas, se interrumpió, y sin otra transicion invocó la caridad de las almas cristianas y sensibles en favor de un infortunio anónimo.

Cada cual se precipitó espontáneamente hacia el orador para contribuir a la buena obra.

— No, no, mis buenos amigos, repuso entonces M. Carlos viendo caer las monedas de plata en su sombrero; me basta el óbolo de Belisario ó de la viuda; no quiero aceptar mas de un pence de cada uno de vosotros; gracias, mil gracias a todos... os deseo una buena cosecha.

Y siempre de pié sobre la carreta de heno, saludó con aire digno y gracioso.

(1) Beaumont y John Fletcher, autores dramáticos del tiempo de Shakespeare, que componian sus piezas en comun.

Los buenos aldeanos que ya no tenían tiempo que perder, se alejaron y nos dejaron el campo libre. No creo que M. Carlos hubiese notado nuestra presencia.

Cuando bajó del carro, su compañero soltó una risa que parecía haber contenido hasta entonces haciendo un esfuerzo muy grande.

Pero M. Carlos no perdió su aire serio.

— Pobres almas, dijo enjugándose la frente y también los ojos; Yates, que me ahorquen si vuelvo á representar semejante comedia.

— ¿Era una comedia? exclamó John adelantándose; lo siento mucho.

— Y yo también, respondió el otro sin cortarse, pues tenía el aire de un hombre franco que no se apura por nada; pero el hambre nos hace hacer muchas cosas á pesar nuestro. Me importa mucho llegar esta noche á Coltham, y cuando se han andado veinte millas á pié no se pueden andar otras tantas para presentarse luego en el papel de Macbeth ante un auditorio numeroso.

— ¿Sois actor?

— Para servirlos.

Había en su voz un acento tan tierno, su hermosa fisonomía parecía estar tan alterada por el cansancio, que le disimulamos fácilmente lo que había hecho.

— Muy bien habeis representado, dijo John; todo el mundo os ha tomado por un ministro metodista.

— Sin embargo, repuso el cómico, no he pronunciado una sola palabra de teología; me he limitado á la moral mas vulgar, no podeis negarlo.

John reflexionó un instante.

— No, exclamó; pero ¿cómo habeis tenido tal idea?

— El hecho es que en circunstancias análogas, se representó aquí la misma comedia hace algunos años, como os he dicho ya, por John Philip... al cabo lo diré; no quiero hacer un misterio con el nombre del mas grande actor y del gentleman mas perfecto que ha habido en nuestro teatro: John Philip Kemble.

Y se quitó el sombrero con aire respetuoso.

Habíamos oído hablar de ese hombre extraordinario; John mas que yo. Ví que el encanto de la conversacion de M. Carlos le fascinaba y no me sorprendí. Nunca he visto un talento mas brillante y variado que el suyo; pasaba de lo grave á lo jocoso, de lo amable á lo severo, representando alternativamente el noble, el literato, el estudiante, el hombre de mundo, etc., caracteres que nos eran totalmente desconocidos, y que por consiguiente tenían doble atractivo para nosotros.

Pasó la tarde mientras hablábamos así sentados á la orilla del arroyo. M. Carlos se había lavado la cara y le pedimos á él y á su compañero á quien llamaba Yates, que tomaran parte en el resto de nuestra merienda.

— Ahora, despachémonos, exclamó; ¿qué hora es, señor Halifax?

— ¡Con qué placer oí que le llamaban «señor Halifax» por la primera vez! Pero mi amigo no tenía reloj, como hubo de confesarlo sin rebozo. No obstante advinó la hora mirando al sol: eran las cuatro.

— Es tiempo de marchar; ¿no quereis venir con nosotros, señores? ¿Perdereis tan bella ocasion de ver trabajar en *Macbeth*, no diré á vuestro humilde servidor, sino á la divina Siddons? ¡Qué mujer! ¡El mismo Shakespeare la veria extasiado!

John respondió con una dolorosa señal negativa, pero M. Carlos volvió á la carga dos ó tres veces, asegurándonos que estaríamos de vuelta antes de media noche.

— ¿Qué pensais, Phineas? me dijo John en tanto que esperabamos la diligencia en medio del camino. Tengo dinero aquí... y nuestras distracciones son tan pocas... podríamos enviar un recado á vuestro padre... ¿Pensais que haríamos mal en ello?

No sabia qué responder, y hoy mismo cuando considero la cuestion bajo un punto de vista estrictamente moral, no sabria decir, si había en efecto algun mal en aquello que nos proponian. Acostumbrado á leer mi deber en los ojos de mi amigo, me contenté con decirle que haria lo que él quisiera.

Esperamos un rato. M. Carlos había dado punto á sus instancias, dándose por enojado con nuestra negativa. Sin embargo, hablaba conmigo. John no se mezclaba en la conversacion: se ocupaba en dar vueltas con aire pensativo.

Cuando apareció la diligencia en la revuelta del camino, ignoraba yo completamente lo que John había resuelto.

Hicieron una seña al mayoral.

M. Carlos nos dió la mano y se metió en el carruaje despues de haber pagado su asiento y el de su compañero con el puñado de pence que había recogido, lo que causó alguna tardanza y dió lugar á bromas entre el mayoral y los actores.

Durante este tiempo John plantándose sus dos manos en los hombros y mirándome de hito en hito, me dijo con cierta agitacion:

— Phineas, ¿estais cansado?

— Nada.

— ¿Os sentiriais con fuerzas para llegar á Coltham? ¿os gustaria ir?

A estas preguntas hechas con precipitacion respondí de prisa y afirmativamente; me bastaba ver que él deseaba que fuéramos á Coltham.

— Es por una vez; vuestro padre no os negaria este gusto, y se halla demasiado ocupado para salir de la teneria antes de media noche. Estaremos de vuelta poco despues, aun cuando debiera trasportaros en brazos durante las diez millas. Ea, subamos á la diligencia.

— ¡Bravo! exclamó M. Carlos adelantándose para ayudarme á subir.

John me siguió; la crisis había pasado, pero yo observé que casi no dijo una palabra en todo el camino.

VI.

Aunque Norton-Bury se hallaba muy cerca de Coltham, yo no había estado allí mas de una vez en mi vida; pero John conocia el pueblo, pues había tenido que ir á menudo por negocios de la teneria. Cuando la diligencia se detuvo ante el rótulo del *Toison de oro*, me sorprendió el ver que todo aquello le era muy familiar. Observé su postura digna y el aire respetuoso con que le servia el mozo de la posada. Evidentemente había conquistado un lugar en el mundo; ya no era un niño, era un hombre.

Me entregué pues á él completamente y me tendí en el sofá de la sala baja, mirándole cómo daba sus órdenes mientras se paseaba por la habitacion.

A veces sin embargo, creia notar cierta inquietud en sus ojos; pero sus maneras no se hallaban alteradas en lo mas mínimo.

M. Carlos nos había dejado dándonos cita en el teatro.

— Creo que su teatro es una granja, dijo mi amigo deteniéndose para arreglar mis almohadones. Bien podrían levantar otro mas decente, pues Coltham va tomando importancia. Quisiera llevaros al Well-Walk, donde se pasea todo lo mas lucido; pero debeis descansar, Phineas.

En efecto, estaba muy cansado.

— Vereis á Mrs. Siddons de quien hemos hablado tan á menudo. Ya no es jóven, pero asombra todavía, segun dice M. Carlos. Se estrenó por primera vez en este mismo teatro hace veinte años. Yates la vió entonces. Desearia saber si la ha visto vuestro padre.

— ¡Oh! no; mi padre por todo el oro del mundo no entraria en un teatro.

— ¿Cómo es eso?

— No te asustes, John; ya sabes que no me ha hecho entrar en la sociedad de los Amigos, de modo que nada tienen que ver conmigo sus restricciones.

— Es verdad.

Y volvió á pasearse, pero sin recobrar su alegría.

— Si solo se tratara de mí, naturalmente tendria derecho para disfrutar de lo que yo considero como un placer legítimo... pero... en fin, no le hace, soportaré todas las consecuencias, añadió con acento firme. Pero vos, Phineas, dijo de repente dirigiéndose á mí, ¿prefeririais volver á casa? Vámonos.

Yo protesté contra semejante proposicion asegurándole que no haríamos ningun mal, como en efecto lo creia. Le supliqué que recobrar su alegría, y lo conseguí de tal manera, que pocos minutos despues nos poniamos alegremente en camino para el teatro.

La sala, como nos había dicho M. Carlos, no era mas que una granja, situada en una callejuela estrecha á la sazón obstruida de vehículos de toda clase, desde el coche con seis caballos hasta la silla de manos que se adelantaban todos revueltos en medio de una muchedumbre vocinglera.

— John, cuidado, exclamé yo cogiéndole del brazo.

— Nada temais, Phineas; tengo fuerzas para resistir á la muchedumbre. Apoyaos en mí.

Si yo hubiera sido una mujer no habría podido mostrarse mas tierno y cuidadoso. La debilidad física cuya humillacion sentia yo y que sin duda muchas personas despreciaban en mí, era un decreto de la Providencia, y así no despertaba en mi amigo mas que una conmiseracion profunda.

La muchedumbre se hacia cada vez mas compacta; yo miraba á lo lejos las colinas que rodeaban la poblacion; ¡cuán tranquilas y hermosas me parecian en aquella placentera noche de junio! ¡Cuánto habría deseado encontrarme sano y salvo en Norton-Bury!

En breve hubo un gran movimiento en la multitud; una silla de manos queria avanzar á toda costa; se siguió un combate, y uno de los hombres que la llevaban cayó herido al suelo. Algunas personas gritaron que aquello era un escándalo; otras por el contrario, creian que el incidente aumentaba la fiesta.

Por fin, en medio de la confusion, una señora asomó la cabeza por la portezuela.

Tenia esta señora uno de esos semblantes que no se olvidan vistos una vez; rasgos acentuados, nariz aguileña, ojos muy negros, labios fuertes, apasionados, y que revelaban una sensibilidad profunda; estaba muy pálida.

— Buenas gentes, exclamó, dejadme pasar; soy Sarah Siddons.

¡Qué acento en aquella voz! La muchedumbre se apartó al punto con una aclamacion que resonó en todo el pueblo.

Hubo un instante de silencio en tanto que ella saludaba con una sonrisa. ¡Qué sonrisa! Luego se bajó la cortinilla de la portezuela.

— Ahora es la ocasion, ¡firme! me dijo mi amigo en voz baja lanzándose adelante y arrastrándome en pos de sí.

Tomó las dos varas de la silla abandonadas por el hombre herido, y antes de que yo hubiese tenido tiempo de comprender lo que pasaba, nos hallábamos bajo el vestíbulo del teatro.

La Siddons salió de su silla y se volvió para pagar á los mozos; pero lo hizo con tanta nobleza y dignidad, que esta accion tan sencilla en sí misma no pudo hacerla bajar á mis ojos á la categoria de una simple mortal. Alta, majestuosa, envuelta en una ancha capa, con la cabeza cubierta con un capuchon, nos aparecia aun

en aquel corredor angosto alumbrado por una vela de sebo, como la verdadera reina de la tragedia.

Uno de los mozos estaba pagado y mas que pagado á juzgar por sus cortesías, cuando se volvió hacia John Halifax.

— Jóven, siento que hayais tenido tanto trabajo, exclamó; aceptad esto en recompensa.

John tomó el dinero, aceptó una moneda de plata, y le devolvió lo restante.

— Si lo permitis, conservaré esta moneda como un recuerdo de la honra que he tenido por haber sido útil á Mrs. Siddons.

Fijó un instante sus grandes ojos negros en mi amigo, y luego saludándole exclamó:

— Mil gracias, caballero.

Y se alejó de nosotros.

Pocos momentos despues un empleado del teatro nos descubrió y nos condujo «en virtud de las órdenes de Mrs. Siddons» á los mejores puestos del teatro.

¡Qué noche pasó! Hoy todavía, cuando la recuerdo al cabo de tantos años, mi sangre adormecida se despierta en mis venas y repito: ¡qué noche pasó!...

Antes de que se alzara el telon tuvimos tiempo para echar una ojeada sobre un cuadro enteramente nuevo á nuestra vista: el interior de un teatro. Aunque pequeño y modesto como era aquel, estaba cuajado de gente lujosa, pues Coltham, gracias á la proteccion de la familia real, rivalizaba entonces con Bath, la ciudad de las modas y de las frivolidades mundanas. Había una profusion de diamantes que deslumbraba; todo eran turbantes resplandecientes, plumas, trajes de toda forma, de toda especie.

La moda pasaba entonces por un estado de transicion notable. Las señoras de cierta edad se obstinaban en permanecer fieles á las faldas de seda con mucho vuelo, á los cuerpos largos y abultados, en tanto que las jóvenes, decididas por las modas francesas ostentaban vestidos de ligeras muselinas de talle corto y con falda de escaso vuelo.

Ya habíamos oído á Jael hablar contra esta vestidura francesa.

John y yo pensábamos como ella, que era lástima ver jóvenes inglesas vestidas, ó por mejor decir, no vestidas al modo de sus enemigas de la otra parte del estrecho; de esa desgraciada nacion, en donde mujeres bien nacidas salian vestidas de diosas paganas, con los brazos y los piés desnudos, calzadas con coturnos, y habiendo perdido la sencillez de los tiempos antiguos, con toda la modestia y la dignidad de los tiempos modernos.

Nosotros deplorábamos esta moda, cuando se alzó el telon.

Aquí quiero ser corto. Todo el mundo ha oído hablar de *lady Macbeth* y de Mrs. Siddons. Al cabo de mas de cincuenta años, esta tragedia, la primera y la última que he visto yo representar, se halla todavía presente en mi memoria como si hubiese sido ayer. Aun me parece estar viendo á aquella sublime artista, que á pesar de su traje moderno de terciopelo negro y de su encaje delnglaterra, no representaba, sino que era *lady Macbeth*. La veo en el primer acto leyendo una carta, oigo aquella voz terrible, cuyo acento casi sobrenatural hizo estremecer involuntariamente á todo el teatro.

Y ella también ha desaparecido, así como las tres horas cortísimas durante las cuales estuvimos suspendidos de su aliento como para contener la marcha del tiempo. La parca cortó sus dias, y su memoria ha quedado enterrada en el olvido.

Me han dicho que la nueva generacion se sonrie al oír hablar del talento tradicional de Sarah Siddons. Los que se sonrien no la han visto nunca. Por mi parte, yo me acordaré de ella hasta mi última hora.

No tengo mucho que decir acerca de M. Carlos. Nos miramos sonriendo John y yo al ver su hermoso y noble semblante, su actitud varonil y solemne, que eran la personificacion viva de aquel ambicioso sentimental, de aquel triste tipo de teatro... *Macbeth*.

Creo que era buen cómico; pero nosotros no podíamos menos de acordarnos de las zanahorias y del sermón sobre el carro de heno, y cuando se aprovechó del primer coloquio de Banquo con las brujas para guiarnos un ojo, el conjunto de las decoraciones y del teatro no bastó para restituirnos la ilusion; no volví á ver á M. Carlos despues de aquella noche.

A la tragedia seguia un sainete; pero nosotros, no queriendo permanecer mas tiempo nos marchamos, y al cabo de un instante nos hallamos en las sombrías calles de Coltham.

Puedo decir que John me llevaba; un momento descansamos en una esquina, sobre la cual había uno de los pocos faroles que entonces alumbraban la poblacion.

John pasándose la mano por su frente que había expuesto á la frescura de la noche, pareció respirar con desahogo.

— ¡John!

Se volvió, y poniéndome una mano en el hombro, dijo:

— ¿Qué teneis? ¿Frio?

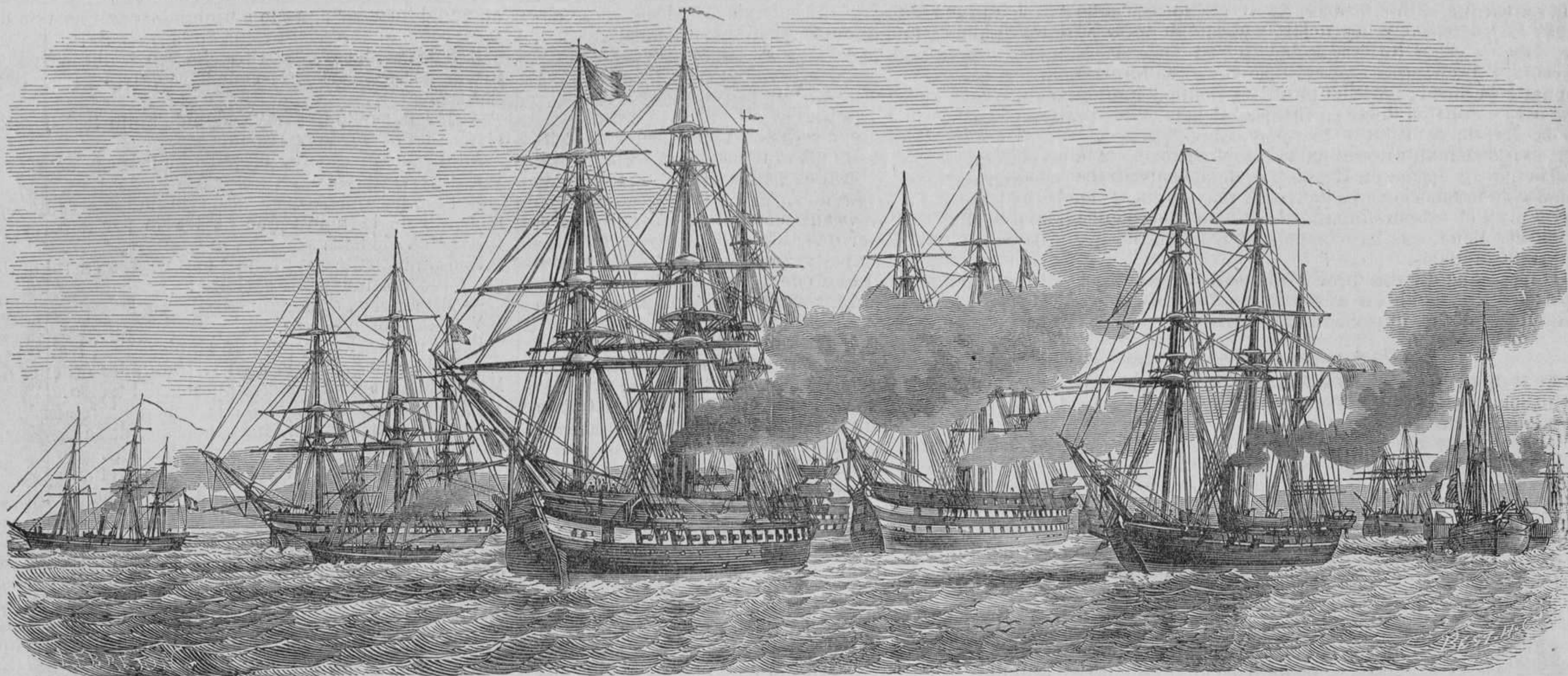
— No.

Sin embargo, me rodeó con sus brazos.

— Hemos tenido dos horas de placer, exclamó al cabo de una pausa; pero ya han pasado, y ahora debemos volvernos; quisiera saber qué hora es.

El reloj de una iglesia le respondió en medio del silencio de la noche; yo conté: — ¡daban las once!

Nos miramos á la claridad del farol. ¿Cómo volver aquella noche á Norton-Bury? Yo me sentí desfallecer,



EXPEDICION DE CHINA. — LA FLOTA FRANCESA BAJO LAS ÓRDENES DEL VICEALMIRANTE CHARNER, SALIENDO DE TCHE-FU PARA FORZAR LA ENTRADA DE PE-TANG.

— ¿Qué haremos, John?

— Es muy sencillo; no podeis ir á pié; alquilaremos un carruaje. Tengo aquí un mes de mi sueldo...

Y comenzó á registrarse los bolsillos poniéndose sumamente pálido.

— ¿Dónde está mi dinero?

¡Ay! Se le habian robado cuando estuvimos entre la multitud.

Y yo nunca llevaba un chelin; el dinero me era inútil.

— ¿No nos fiarian?

— Nunca he pedido nada al fiado... y si pidiera un caballo y un cabriolé se burlarian de mí... Sin embargo, veré; esperadme un minuto.

Volvió un instante despues y me dijo con una risa forzada:

— Es inútil, Phineas, no tengo traza de hombre honrado como creía: ¿qué haremos?

La cuestion no era fácil de resolver para dos jóvenes desconocidos y sin dinero, solos en medio de la noche á diez millas de su casa.

Nos consultamos un instante, y luego mi amigo exclamó con resolucion:

— Debemos decidirnos; el tiempo es precioso; vuestro padre podria creer que nos ha sucedido alguna desgracia; venid, Phineas, os ayudaré á andar.

Su voz firme pareció reanimarme; cogí su brazo y apretamos el paso por el pueblo, y durante una milla ó dos por la carretera que conduce á Norton-Bury.

El aire era fresco y agradable. Siempre me ha parecido que se puede andar mas de noche que de dia. Durante un rato escuché á John que me hablaba de las estrellas, pues habia añadido la astronomía á la lista de sus estudios, y luego hablamos de lo que nos habia sucedido.



EL P. NICOLAS MANA,
De la mision de China en Shang-hai.

Yo apenas me cansaba. Pero el cansancio llegó por grados; mi paso se hizo muy lento, el aire ya no ejercía sobre mí su saludable influencia.

John me rodeó con sus brazos robustos y proseguimos nuestro camino.

(Se continuará.)

Expedicion de China.

Segun las últimas correspondencias llegadas de la China, las fuerzas francesas acababan de dejar la bahía de Tche-fu; el ejército habia desembarcado hacia quince dias para reponerse de las fatigas de una travesía de seis meses y para domar los caballos medio salvajes suministrados por el Japon. La escuadra se reunia durante este tiempo y tomaba todas sus disposiciones. La llegada del *Wezer*, con las pequeñas cañoneras desmontadas, habia dado una nueva animacion á la bahía de Tche-fu, y bajo la entendida direccion del ingeniero de la marina, la primera de esas cañoneras habia sido armada en poco tiempo y botada al agua en medio de las aclamaciones de los marinos y del ejército.

Al mismo tiempo el almirante, sobre la demanda del general de Montauban, formaba un cuerpo de marinos, compuesto de las antiguas compañías de desembarco que se distinguieron en la Cochinchina y en el Pei-ho, y de los fusileros de Lorient. Con esas compañías unidas á los contingentes suministrados por los buques, el ejército debia tener mil hombres mas llenos de ardor y deseando rivalizar con los soldados de Crimea y de Italia.



PALANQUIN EN LAS CALLES DE SHANG-HAI.

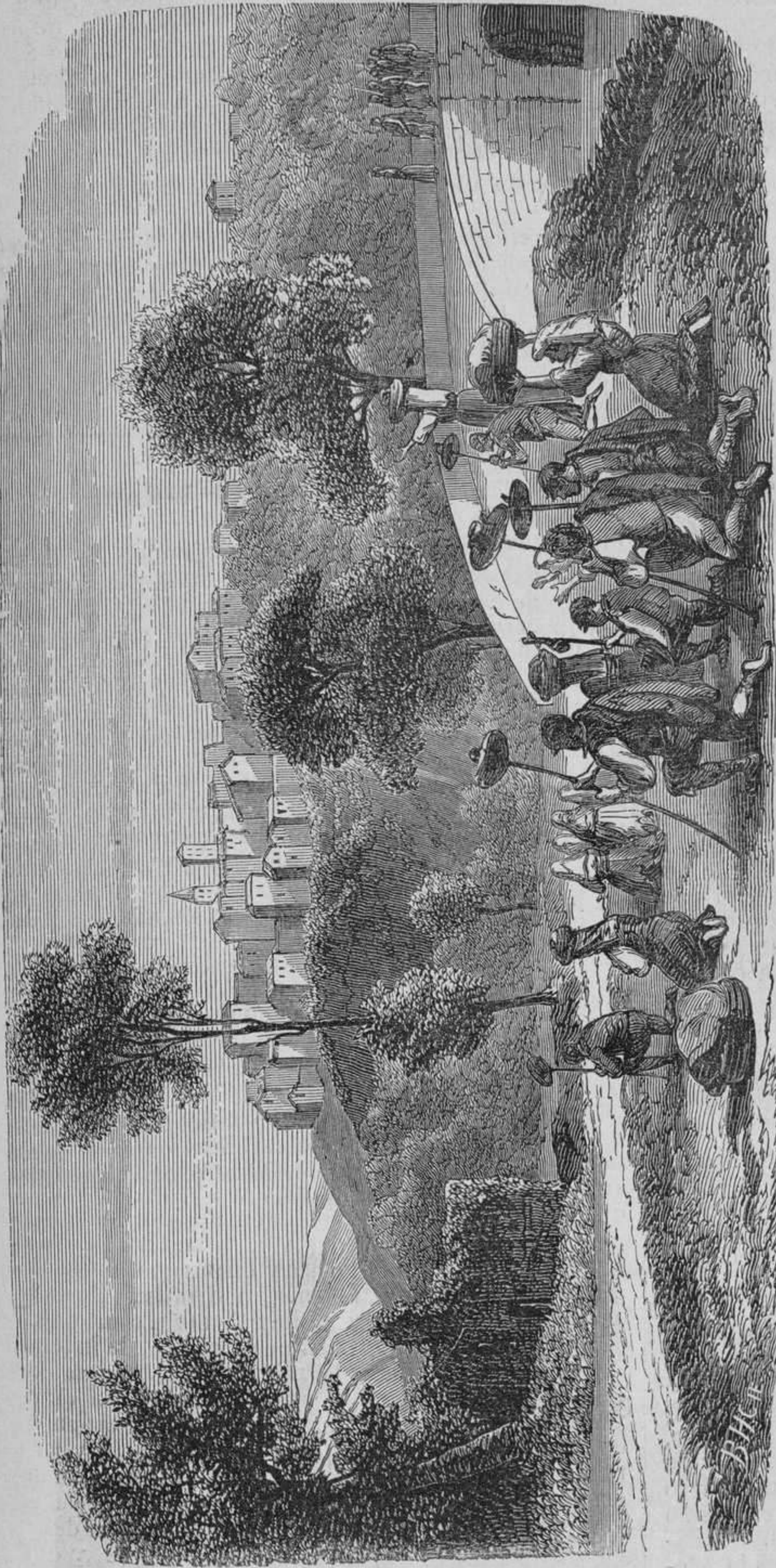
El embarque, principiado el 23 al medio día, estaba terminado el 25: la *Renommée*, á cuyo bordo estaba el vicealmirante Charner, daba la señal de la marcha; la flota francesa, compuesta de cuarenta y dos buques, casi todos de vapor, se formaba en tres columnas y se dirigia hácia el punto de reunion que estaba convenido para combatir, como en Crimea, al lado de los ingleses, vengar la derrota de Taku y marchar sobre Pekin.

La expedición entra pues en la fase belicosa y va á olvidar las escalas que ha hecho en Chang-hai, donde encontraba ese extraño modo de locomoción que llaman el palanquin, y donde hallaba también en el establecimiento de los misioneros dirigido por el P. Nicolás Mana, que ha adoptado el traje chino, una acogida de las mas fraternales.

Para completar estas breves noticias, copiamos á continuación el parte que hallamos en el *Monitor* del 16, dirigido por el vicealmirante Charner al ministro de Marina:

« A bordo de la *Fusée*, Pe-tang 8 de agosto de 1860.

» El 1º de agosto las fuerzas aliadas han ocupado sin resistencia los fuertes y la ciudad de Pe-tang. Ahora se preparan á marchar contra los fuertes del Pei-ho. »



La Madona de Genazzano.

Genazzano es una antigua aldea que se halla cerca de la ciudad de Prenesta, y que perteneció antiguamente á la célebre familia de los Colonna.

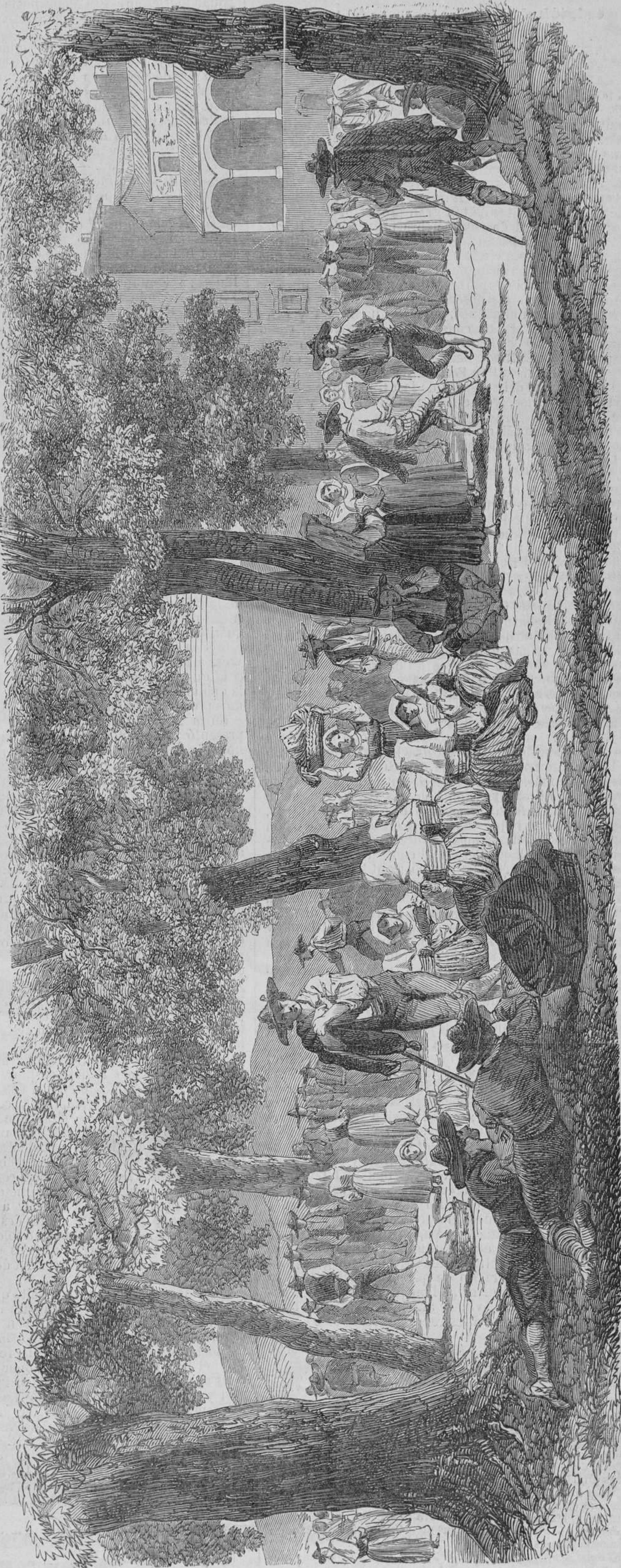
En Genazzano nació el papa Martin V.

La fiesta de la Madona de Genazzano es una de las mas célebres de toda la Italia, que cuenta tantas fiestas de esta clase.

En el momento en que se celebra, Genazzano es una gran romería para los habitantes de una gran parte de los Estados romanos y del reino de Nápoles.

Después de la fiesta religiosa la fiesta popular; se baila bajo las encinas de la antigua villa Colonna, hay fuegos artificiales y se organizan ritos.

Los festejos duran muchos días, y este año han tenido lugar con la solemnidad acostumbrada, á despecho de los acontecimientos políticos, poco favorables sin embargo, á la celebración de las tradiciones religiosas.



EL DESCANSO Y LA FIESTA POPULAR EN LA ROMERIA DE GENAZZANO.

LA SALUTACION A LA MADONA DE GENAZZANO.

Cristóbal Colon y la Universidad de Salamanca.

(Conclusion.)

« El Ilmo. señor, dice, don fray Diego de Deza, obispo de esta ciudad y arzobispo de Sevilla, recibió el santo hábito en la ciudad de Toro su patria: vino á estudiar á esta (Salamanca) en donde fué su catedrático de prima de teología, y siendolo por los años de 1484, se aposentó en este convento Cristóbal Colon, trató y comunicó la materia y asunto á que venia á España con dicho Rmo., y oído con especial gusto, para mejor certificarse de los fundamentos de tan gran proyecto, dió parte á los matemáticos de esta célebre universidad. Hízoles juntar, y retirados á la casa de estos padres, que tienen dos leguas de esta ciudad llamada Balcuebo, para que abstraídos del bullicio, pudiesen con mayor comodidad penetrar negocio tan importante, en donde unos y otros, hechas varias observaciones y pasadas muchas conferencias en el asunto, vinieron unánimes y conformes á adoptar por conseqüente el proyecto, como fundado en reglas legítimas de matemática, en cuya consecuencia el Rmo. Deza, como confesor que era de los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, quedó en informarles del suceso y de la utilidad que resultaría á estos reinos, y que todo cedía en honra y gloria de Dios. »

Fray Salvador María Roselli, célebre dominico italiano, dice lo siguiente acerca de esta materia (1):..... « Idem Columbus, cum de cogitata novi Orbis detectione à nonnullis irrideret, non nisi in Hispania sapientes inveniet viros, qui non solum opus probabant, sed promoveri vehementer sunt conati. Præter Joannem Perezium Monachum Rabidensem, cum quo meditatum à se consilium, rationesque cogentes Columbus communicarat; Salmantinam Academiam adire constituit: imo á Ferdinando et Isabella Catholicis Regibus illuc conferebat ergo misus fuit. » Transcribe despues un pasaje de Fernando Pizarro, en su obra de *Varones ilustres del nuevo mundo* (Vida de Colon, cap. 3), que es el siguiente: « Determinó Colon (dice) de ir á la universidad de Salamanca, como á la madre de todas las ciencias en esta monarquía, halló allí grande amparo en el insigne convento de San Esteban de padres dominicos, en quien florecian en aquella sazón todas las buenas letras; que no solamente habia maestros, y catedráticos de teología, y artes; pero aun de las demás facultades mathematicas, y artes liberales. Comenzaron á oírle, y á inquirir los grandes fundamentos que tenia; y á pocos dias aprobaron su demostracion, apoyándole con el P. maestro fray Diego Deza, catedrático de Prima de teología, y maestro del príncipe don Juan. » Mas abajo continúa: « Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, en su *Historia general de las Indias* (lib. 1º, cap. 29), afirma haber visto original una carta de Colon á los Reyes Católicos, en que dice que deben las Indias al M. fray Diego Deza y al convento de San Esteban de Salamanca. » « Lo mismo (continúa Roselli) se refiere en una súplica impresa, que á principios de este siglo (el XVIII) elevaron los dominicos de Salamanca á Felipe V (2), donde se dice: párr. 4, nº 1 y siguientes. « Acudió Colon á los reyes catholicos Don Fernando y Doña Isabel, los cuales, como prudentes, no quisieron determinarse en un negocio tan árduo sin consulta larga de hombres doctos, y de quien tuviesen la satisfaccion mas plena: y así le remitieron á este convento de San Esteban, para que allí examinasen sus designios y razones. »

Llegó Colon á San Esteban año de 1484 (3), y allí encontró quien le entendiese, y atendiese sus razones, detúvose largo tiempo aposentado en el convento, y asistiéndole este con todo lo necesario para su persona y viajes; teniéndose al mismo tiempo largas y frecuentes conferencias entre los maestros de mathematicas que habia allí entonces; y convencido y aclarado que Colon tenia razon en su propuesta; por medio de los religiosos fueron convencidos los hombres mas celebrados que tenia España en aquel tiempo: y así se tomó por obra el informar á los reyes, ayudando á Colon los religiosos en todas sus operaciones. Fué con él á la corte el prelado del convento con otros religiosos y maestros; y estos le introduxeron con los reyes, informando con él á sus magestades, y certificándoles de lo seguro é importante en el asunto. Pero quien mas se singularizó fué el doctísimo maestro fray Diego de Deza, entonces cathedrático de prima de Salamanca, y despues maestro del príncipe Don Juan, inquisidor general, arzobispo de Sevilla y arzobispo electo de Toledo. Este maestro habló á los reyes diversas veces acom-

pañando siempre á Colon, hasta que pasó al nuevo mundo, que fué el dia 3 de agosto de 1491. » (debe ser 1492.)

En esta relacion de Roselli están conformes, y en muchos de ellos se apoya el presentado fray Antonio Gonzalez de Acuña, en la *Cuenta* que da al general Marini del estado de su convento de Santo Domingo del Perú (v. la nota 2ª de la col. anterior), el tambien presentado fray Antonio de Remesal (no Remesel, como dice Irving) en su *Historia general de las Indias occidentales y particular de Chiapa y Goatemala* (lib. 2, cap. 7, nº 3, pág. 52. — Madrid, 1620): Melendez en la *Historia de la provincia peruana de la orden de predicadores* (lib. 1º, cap. 1º, pág. 6 y 7), que transcribe las palabras de Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapa, en su *Historia general de las Indias* (lib. 1º, cap. 29), testificando haber oído asegurar al arzobispo Deza « que habia sido la causa de que los Reyes Católicos aceptasen la dicha empresa y descubrimiento de las Indias: » Fontana, *Monumentos dominicanos*, año de 1492: Fernando Pizarro, *Varones ilustres del Nuevo-Mundo*, citando á Bartolomé Leonardo de Argensola, *Anales de Aragon*, (P. 1ª, L. 10, C. 10): Lefeburé en el *Manual historial de Espondano* (en el mismo año, nº 27); y por fin el *Bulario de la orden de Predicadores* (tom. 6º, p. 295, const. 21). Pero el ya citado Remesal, acaso el mas explícito de todos estos autores, refiriendo minuciosamente las particularidades de las conferencias en el convento de San Esteban añade: que Colon con el favor de los religiosos redujo á su opinion los mayores letrados de la escuela. ¡Testimonio precioso, aunque no el único que tenemos, que nos exira de todo comentario! ¡Dato inapreciable que en forma de sincera confesion, se ha escapado á mas de uno de los autores que hemos combatido!

Confirma tambien todo lo expuesto el P. M. fray Juan de Araya, en su *Historia MS. del convento de San Esteban de Salamanca* (cap. 11), ó mas bien, Roselli ha debido apoyarse en esta autoridad, puesto que es anterior. Y tanto mas respetable y digna de crédito se nos presenta, cuanto mayor es la certidumbre que tenemos de la minuciosa exactitud y fidelidad con que los cronistas de todas las órdenes religiosas iban consignando cuanto en ellas caecia, por insignificante que fuera; y esta mas ó menos prolija relacion ha servido muchas veces á los historiadores de todos los paises. La del suceso que nos ocupa está acorde en lo mas esencial con la opinion de los mismos respetables autores que hemos procurado impugnar.

En la *Memoria histórica* que en 10 de mayo 1845 presentó el doctor y catedrático de esta universidad, hoy digno director del Instituto, don Salustiano Ruiz, hay las siguientes notables palabras:..... « Cristóbal Colon, agitado por el sublime pensamiento de encontrar un nuevo mundo, vino á consultar á los astrónomos de esta universidad, y en vista de su informe, la reina Isabel decretó la expedición. »

Nuestro ilustrado amigo don Alvaro Gil Sanz, que amen de su indisputable mérito como escritor es acaso en materias históricas la persona mas competente de nuestra provincia, refiriéndose á los párrafos con que terminaba en otro periódico la biografía de fray Diego de Deza, dice lo siguiente, á propósito de nuestro asunto (1):..... « Es comun creencia, deciamos, la de que Colon, despues de haber sufrido en otros reinos bochorrosas repulsas, y languidecido no pocos años en la corte de Castilla, fué enviado á someter su gran proyecto al juicio de los cosmógrafos de la universidad de Salamanca. Dicese tambien que lo calificaron de visionario, y se repite con énfasis el peregrino argumento del catedrático que haciéndose cargo de la figura esférica de la tierra, comprendia bien que las naos pudiesen bajar, pero no atinaba cómo habian de conseguir ascender luego por el globo. » Refiere despues la acogida que tuvo Colon en el convento de San Esteban, apoyada por los ya referidos historiadores, y concluye:..... « No hemos querido evitar las citas que preceden, porque son el único medio de comprobar un hecho histórico. El interés del que hemos tratado de consignar en este breve artículo, no puede menos de ser grande para cuantos sientan latir con gozo el corazón al recordar las glorias nacionales. Así nos motejan de atrasados, para que no nos complazca decir á los extraños que nos censuran, que mientras ellos despreciaban por loco á Colon, tuvo España el lauro no solo de acogerle, sino de comprender científicamente sus proyectos. Añadamos tambien esta hoja á la corona de la española Atenas. »

Pero mas terminante y explícita que las autoridades citadas, y de mas peso y valia para nosotros por el carácter oficial con que se publicó en 1849, es la *Reseña histórica de la universidad de Salamanca*, escrita por los doctores y catedráticos, el célebre y malogrado don Manuel Hermenegildo Dávila, honor de estas escuelas, y los no menos ilustrados don Santiago Diego Madrazo y el ya repetido don Salustiano Ruiz, y remitida á la Direccion general de instruccion pública en 2 de noviembre de 1848 (2):..... « La universidad, dicen, fué consultada por Colon, ó mas bien, Colon se refugió á la universidad de Salamanca, desoido en Génova, desairado en Portugal, en Londres, y tratado de visionario y loco por esos hombres de corte, cuyos representantes hoy, por hacer efecto á costa de la augusta verdad, se han atrevido á decir en solemne ocasion que los doctores de Salamanca no ponian dificultades á la ida, sino

á la venida; aserto gratuito, del cual no hay huella alguna, propio no mas de ellos, como una de tantas agudezas con que en los palacios se cansa la perseverancia de los varones de corazon. Sepa España de una vez y el mundo entero que los filósofos de Salamanca aprobaron la idea de Colon, y que el descubrimiento de una raza ignorada se debió á su penetracion como divina, al apoyo caballeresco del guardian de Palos Perez de Marchena, que le envió á la corte, á la nobleza de Isabel I, á la aprobacion de los cosmógrafos de Salamanca, á la generosidad del convento de dominicos de San Esteban y al teson incontrastable con que el maestro Deza, fraile suyo y catedrático de prima de la universidad, desembarazó de obstáculos la expedición mas gloriosa que han visto los siglos. Y cuenta que aunque tengamos placer en confesar que el maestro Deza, como director de la educacion del príncipe Don Juan, contribuyó mas eficazmente que la universidad á la realizacion de la empresa, creemos que la honra del convento de dominicos, incorporado á la universidad, y la de su prohombre, catedrático de prima de teología de la escuela salmantina, son enteramente nuestras. » Citan despues los mismos mencionados autores en apoyo de su opinion, y concluyen con estas notabilísimas palabras:..... « Resulta demostrado con toda la certidumbre con que puede demostrarse una verdad histórica, que el descubrimiento del nuevo mundo se debió al número de Colon, á la aprobacion de la universidad de Salamanca y á los esfuerzos perseverantes y eficaces del catedrático de prima de teología de la universidad, el eminente fray Diego de Deza (1). »

No de menos autoridad y valor en este punto y muy respetable, sin duda, para esclarecer la verdad histórica, es el erudito P. M. fray Pascual Sanchez, dominico de San Esteban de Salamanca, muchos años catedrático de teología en la misma universidad, y que falleció aquí en 1855. Su *Memoria* sobre la universidad, dedicada á la misma, que circuló mucho tiempo manuscrita, y que sin duda por las excentricidades de su carácter no habia querido antes publicar, imprimióse al fin en 1854 (2) con general aceptación y contento de los amantes de las glorias salmantinas que con interés la procuraban y adquirian. Y decimos que es muy respetable la autoridad del maestro Pascual, porque aparte de la erudicion vastísima de que se hallaba adornado, heredó mejor que otro alguno en su larga permanencia en el convento y por la dignidad de que se hallaba investido, la tradicion histórica acerca de aquel punto, trasmitida sin interrupcion de uno á otro de todos los PP. de la orden, consignada en sus crónicas, y vibrando, digámoslo así, en inapagables ecos por entre aquellos magníficos y hoy solitarios y abandonados claustros.

Conforme en un todo el doctor Pascual con los antes citados autores, dice, hablando de Deza:..... « El Monotesaron y otras obras que han salido de su pluma, hacen ver que era buen filósofo, buen letrado, buen político y completo teólogo. En la nota que se pondrá al fin se hallarán las razones para probar que á él principalmente se debe el descubrimiento del nuevo mundo. » Y en esa nota, despues de hablar de la venida de Colon á España, añade:..... « Pasó á Salamanca para probar con razones fundadas en astrología, geografía y cosmografía, en que era bastante perito, su asunto. Era pobre, y aunque fuera de mucho caudal, lo hubiera consumido en tantas peregrinaciones; y así se vió obligado á valerse de quien le sustentase. Para este fin le pareció valerse del patrocinio del convento de San Esteban, juzgando que si le admitiesen, era el medio mas oportuno para sus intentos; pues no solo remediaba su necesidad, sino que en él hallaba hombres de grande autoridad y ciencia, no ignorantes aun en la misma que él profesaba. El convento tomó por su cuenta favorecerle, dándole posada y plato, y aun admitiendo en sus claustros las conferencias y disputas, que en orden á este punto defendió Colon. Quien principalmente le ayudó fué el maestro fray Diego de Deza, como confiesa el mismo Colon en la carta que despues de la invencion de las Indias escribió al rey, y que obra original, segun se dice, en el consejo de Indias. Entró en el convento á últimos del año 1484, etc. » Apoya despues todo esto en las mismas autoridades que Roselli y los demás autores citados y concluye:..... « Esto mismo se cuenta en una humilde súplica, que los padres del convento de San Esteban elevaron á la magestad del Rey Católico Felipe V, á principio del siglo XVIII, y que se dió á la imprenta, de la que yo he visto, tenido y leído un ejemplar (3). »

Aun á trueque de parecer difusos, y sómoslo en efecto, hemos querido de propósito repetir estos mismos pasajes, para que se vea la conformidad de tantos y tan respetables autores acerca de la acogida de Cristóbal Colon en las conferencias de Salamanca.

No menos respetable para el punto que analizamos, es el testimonio del señor don Antonio Gil de Zárate en

(1) Los profesores de la universidad asistieron á estas conferencias; pero tuvieron lugar en San Esteban, ya en el mismo convento de Salamanca, ya alternativamente en la granja ó casa de recreo que poseian los dominicos en Balcuebo, dos leguas distante de la capital. Un cerro de aquellas inmediaciones se llama todavía cerro ó teso de Colon, y en él proyecta erigir ahora un sencillo y elegante monumento, cuyo plano y modelo hemos tenido el gusto de ver hace pocos dias, nuestro paisano el señor don Mariano Solís, dueño de aquellos terrenos y de la inmediata magnífica fábrica de harinas, llamada de Zorita.

(2) « Album Salmantino, números 15, 16, 17 y 18.

(3) Es la misma de que hablamos en otro lugar.

(1) « Summa filosofica, t. 4º, pág. 173 y siguientes, nota 8ª. — Madrid, 1788.

(2) Hace muy pocos dias que el P. Fr. Alonso Martín, religioso de San Esteban, que fué su último maestro de novicios y habita en el mismo convento, ha tenido la bondad de enseñarnos un ejemplar de este documento (impreso y testimoniado por escribano). En él se relatan efectivamente todos los servicios que prestó al Estado la orden de predicadores antes y despues del descubrimiento de las Indias, y se refiere la llegada de Colon y la acogida que le hizo el convento, apoyada en las mismas autoridades que cita Roselli, y además en la del Ilmo. Acuña en su informe religioso, titulado: « Santo Domingo en el Perú, » fol. 25, en la aprobacion de don Juan Antonio Velez de Guevara á la obra de « El mejor Guzman, » en Prado, « Teología moral, » cuestion 9, cap. 15, nº 22, y en todas las crónicas de la orden de Predicadores.

(3) Debe ser error material; 86 dicen los historiadores que impugnamos, y es con efecto la fecha mas verosímil.

(1) « Correo Salmantino, » nº 29.

(2) Pág. 30, 31 y 32.

su obra: *De la instrucción pública en España* (1). Fué mucho tiempo director de este importantísimo ramo de la administración, y ocasión tuvo, por lo tanto, de beber en buenas fuentes la doctrina que sostiene. «La ciudad de Salamanca, dice, se consideraba como el emporio de las letras y ciencias en la vasta monarquía española; y con sus 27 colegios, sus 23 conventos, los mas de ellos adscritos á la universidad, sus 7,000 estudiantes de las mejores familias naturales y extranjeras, la perfección de sus enseñanzas, la nombradía de sus maestros y escritores, la gloria de sus claros varones, estuvo á la altura del papel que desempeñaba la nación en el teatro del mundo. Este es el lugar de vindicarla de una acusación que empaña su buen nombre, y corre por toda Europa sin contradicción alguna. Dicese que cuando se consultó á esta insignie escuela sobre el proyecto de Colon para llegar á las Indias navegando hácia el Occidente por el grande Océano, contestó desechando la idea, y apoyando su opinion en razones que hacen poco favor á sus conocimientos geográficos. Prescindiendo de que aun siendo así, no habria motivo para inculparla, puesto que el mismo proyecto habia sido ya desechado por otros gobiernos, fundados en los conocimientos científicos de la época, la universidad de Salamanca fué la que con su apoyo abrió el camino para que se llevase á cabo tan inmortal empresa.» Copia después los mismos pasajes que nosotros hemos transcrito de la Reseña histórica de la universidad, y concluye de este modo: «¡Extraña aberración del entendimiento humano! Los mismos pueblos que desecharon por ignorancia de los buenos principios geográficos las proposiciones de Colon, han echado en cara esa ignorancia al único que acogió y llevó á cabo la empresa, y han tratado de denigrar por ello la buena opinion de una célebre escuela donde cuando menos se hallaron maestros capaces de comprender la grande idea del célebre descubridor, y con la fuerza de ánimo que tan poderosamente contribuyó á que una reina esclarecida la adoptase en momentos de suma escasez y penuria.»

Pero todavía podemos traer al debate alguna prueba mas en apoyo de la opinion que sostenemos, porque tan arraigada está en la universidad salmantina, pasa por un hecho tan claro é incontrovertible, que en sus mas celebrados actos públicos viene sentándose desde el siglo XV por esclarecidos maestros, y el glorioso nombre de Colon, como asociado en cierto modo á los timbres de esta escudela, resonó mil veces en el recinto venerando de sus anchurosas aulas. No hace muchos meses que en la solemnisima apertura del curso académico que va á terminar, el doctor en ciencias exactas, físicas y naturales, don Dionisio Barreda, digno catedrático de ampliación de física, decia á aquella autorizada y escogida concurrencia: «A los sabios profesores de esta misma escuela, cuya ortodoxia ha merecido siempre el aprecio de los jefes de la Iglesia, es debida la alta gloria de haber comprendido la verdad del concepto sostenido por Colon, deshaciendo uno por uno los argumentos así científicos como dogmáticos que parecían oponerse á su posibilidad. Aquellos hombres profundos en la verdadera inteligencia de cuanto tenia relacion con el dogma, se hallaban por otra parte familiarizados completamente con los diferentes ramos de las ciencias naturales, que ya en aquella época se cultivaban con mucha gloria en estas aulas. La aprobación que las ideas de Colon alcanzaron de parte de aquellos sabios, la eficacia con que le dispensaron su apoyo los esclarecidos hijos del patriarca español Santo Domingo, así durante su permanencia en esta ciudad, como en la corte de la inmortal Isabel, fueron los medios á que debió Colon el ver colmados sus deseos de tantos años. Si las ciencias naturales no se hubieran hermanado con las que tienen por objeto la conservación del dogma, difícil hubiera sido esclarecer la verdad (2).»

De propósito hemos reservado para terminar esta copia de pruebas históricas el respetabilísimo testimonio del docto señor Navarrete, que confirma lo que llevamos referido con las siguientes notables palabras (3): «Consta además que cuando estuvo (Colon) en Salamanca, á que se examinaban y discutían las razones de su proyecto, no solo le favorecieron los religiosos dominicos del convento de San Esteban, dándole aposento y comida y haciéndole el gasto de sus jornadas, sino que apoyando sus opiniones lograron se conformasen con ellas los mayores letrados de aquella escuela. Allí conoció al M. fray Diego de Deza, catedrático de prima de teología y maestro del príncipe Don Juan, que le hospedaba y mantenía en la corte, y fué su especial protector con los reyes para llevar adelante su empresa, por lo cual decia el mismo Colon que desde que vino á Castilla le habia favorecido aquel prelado y deseado su honra, y que él fué causa que SS. AA. tuviesen las Indias.»

Mas antes de terminar la ardua, aunque para nosotros agradable tarea, que nos hemos impuesto, resumamos en breves palabras el resultado de nuestras investigaciones, y formemos la síntesis mas clara y sencilla posible de las opiniones que hemos defendido en el curso de nuestro insignificante trabajo. Y no se diga que no hemos llevado la imparcialidad hasta un punto casi fabuloso; pasajes enteros transcritos de los

autores que impugnamos prueban, si de pruebas se ha menester, cuánto queremos que el mas frio y desapasionado criterio histórico presida siempre á todas nuestras humildes apreciaciones. Quedan por lo tanto demostrados, como demostrarse pueden, no solo los tres puntos que fijamos en el principio de este opúsculo, sino varios hechos importantes, de todos los cuales deducimos las siguientes conclusiones:

Primera. La venerable antigüedad de la universidad de Salamanca, que data del siglo XII. Fundóla Don Alonso IX de Leon cerca (antes dicen otros) del año de 1200, y su hijo Don Fernando III de Castilla (el Santo) confirmó esta fundación por real cédula de 6 de abril de 1243, que original conserva el mismo establecimiento.

Segunda. En el primer siglo de su creación comenzó á obtener justa y merecida celebridad, considerablemente aumentada despues por la copia y excelencia de sus enseñanzas, la fama de sus maestros, el concurso de escolares nacionales y extranjeros, y las franquicias, privilegios y exenciones que aquí mas que en otra alguna gozaban. Fué la segunda universidad del mundo en el orden gerárquico, muchas veces y en otros conceptos la primera, y desde luego ocupó siempre este lugar entre todas las de España. No hubo hecho grande en que no interviniese, sobre todo en los siglos XV y XVI; y puesta por fin á la vanguardia de la cultura y de la civilización, ofrecia legiones compactas de sabios en toda la inmensa escala de los conocimientos humanos.

Tercera. España, tan calumniosamente tratada por muchos extranjeros en esta y otras épocas de su gloriosísima historia, fué la única nación de Europa que oyó á Cristóbal Colon, patrocinó su proyecto, y llevó á cabo, apenas terminada la heroica guerra de cerca de ocho siglos, el mas grande de todos los descubrimientos, mientras ellos, los extranjeros que nos acusan tan injustamente, desecharon las ofertas de Colon, cuya acogida por los españoles causales ahora tanta envidia y despecho.

No consta que ese proyecto se sometiese de oficio al exámen de la universidad de Salamanca; pero de todos modos, lejos de haber rechazado á su autor y tenídole por loco y visionario, muchos maestros de ella le oyeron benévolutamente, y su convento de San Esteban le hospedó con toda liberalidad, manteniéndole antes, durante ellas y despues de las famosas conferencias. Hubo allí, como no podia menos, divergencia de pareceres; muchos sin embargo aprobaron sus teorías, y atrajeron á su opinion á los hombres mas célebres de la escuela.

Reconocido este hecho, es claro é indudable que la mayoría, ó por lo menos una muy respetable parte de la junta aprobó el proyecto de Colon, porque eso y no otra cosa significa en castellano el adherirse, el deferir á la opinion de los que lo aprobaron. La sola confesión de estos importantísimos extremos, hecha por los respetables autores que hemos impugnado, no solo prueba hasta la evidencia la falsedad histórica del desfavorable informe de la junta de Salamanca, sino que absuelve cumplidamente á su inmortal escuela, si á ella se hubiera sometido el proyecto, de la nota con que se ha intentado empañar su hasta ahora limpio y esclarecido nombre.

Pero si como aseveran algunos de los historiadores que hemos impugnado, la junta de cosmógrafos se mandó reunir en Salamanca, es claro que muchos de sus miembros vendrían de otras partes á componerla, y se ignora de todo punto si estos precisamente formaron la minoría que aprobó el proyecto de Colon. Mientras no se aduzca prueba documental que justifique estos extremos, siempre resulta á favor de Salamanca el hecho positivo é innegable de que los maestros del convento de San Esteban, y algunos mas de fuera de él que á las conferencias asistieron, todos catedráticos y doctores de la universidad, estuvieron de parte de Colon y aprobaron su famoso proyecto. El mas célebre de todos, el ilustrado y venerable Deza fué con él á la corte, costeó su viaje y su estancia en ella, presentóle á los Reyes Católicos; y haciéndose dignísimo y muy autorizado órgano de la minoría de la junta, como quieren unos, ó eco de esa casi unánime aprobación que allí encontró el proyecto del inmortal cosmógrafo, como queda demostrado y es mas verosímil, habló eloquentemente á favor suyo, interpuso la altísima influencia que gozaba en la corte, y consiguió felizmente que la opinion ilustrada y decisiva de la junta de Salamanca prevaleciese en el ánimo de los reyes, llevándose á cabo por fin mas ó menos tarde la tan contrariada y combatida empresa. Los nuevos obstáculos que se opusieron despues no deben nunca atribuirse al supuesto desfavorable informe de la junta, cuyo voto, aun unánime á favor del proyecto, no hubiera podido vencer la falta de recursos, las atenciones absorbentes de la guerra y las elevadas preocupaciones de otro género que aplazaban indefinidamente la resolución de aquel gravísimo negocio. Así la verdad histórica, disipando la densidad de infundadas conjeturas, brilla como el sol esplendorosa y sublime y deshace los errores, las fábulas y las ridiculas vulgaridades de la calumnia y de la envidia.

La universidad de Salamanca no mendiga un lauro mas, cuando tantos abruma su egrégia y venerable frente: no solicita vanos títulos y honores, cuando le sobran muy legítimos para ostentarlos con noble orgullo: no busca para su nombre el aura de la celebridad y de la gloria. De ellas vive precisamente hace muchos años: por ellas alienta todavía á despecho de descubiertos y embozados enemigos: por ellas vivirá eter-

namente en los anales del mundo y en el imperecedero recuerdo de la posteridad mas remota. Quiere solo que el error se combata, que las vulgaridades se desprecien, y que la verdad y la justicia triunfen al cabo por el fuero de la razon en el tribunal de la historia.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ.

La niña se muere.

I.

La niña no canta,
Jugar ya no quiere,
Ni corre en la huerta,
Ni salta en la fuente,
Ni arranca y deshoja
Las flores silvestres,
Ni adorna con ellas
Sus candidas sienes.
En vano á su vista
Los árboles tienden
Cuajados de fruto
Sus vástagos verdes.
La niña está triste,
La niña se muere.

II.

Sus ojos se apagan,
Su tez palidece,
No rien sus labios
Ni brilla su frente;
Sus dulces miradas
Antes tan alegres,
Vagan distraídas,
Ven indiferentes.
Despierta se cansa,
Suspira si duerme,
La noche la asusta
Y el día la ofende.
La niña está enferma,
La niña se muere.

III.

Su voz cariñosa
Tiembla dulcemente;
Retira sus manos
Si cogerlas quieren;
Si la miran mucho
Su rostro se enciende;
Si alguien la acaricia
Toda se estremece.
Vagas inquietudes
La agitan, y suelen
Brillar en sus ojos
Lágrimas ardientes.
La niña se acaba,
La niña se muere.

IV.

¿Qué afañes la turban?
¿Qué mal la entristece?
¿Qué pena la aflige?
¿Qué dolor la hiere?
Todos lo sabemos,
Nadie lo comprende:
La mujer empieza
Y la niña muere.

J. L.

Bellas artes.

EXPOSICION EN PARIS DE LOS PREMIOS DE CONCURSO Y DE LOS ENVIOS DE ROMA.

Las exposiciones anuales de los premios de concurso y de los envíos de Roma son solemnidades que ningun año dejan de despertar la curiosidad y el interés del público, y bajo este concepto nos creemos en el deber de señalarlas á nuestros lectores. — El asunto del premio de pintura para el concurso de este año era el siguiente: Sofocles llamado en su vejez ante el tribunal por sus dos hijos que le declaran incapaz de administrar sus bienes. Por toda defensa el anciano poeta le lee la tragedia de *Edipo en Colona*, que ha concluido recientemente. Admirable defensa del genio que se liberta de las reglas judiciales con tanta mas seguridad, cuanto que se dirige á un pueblo eminentemente artista. No solamente los jueces le dieron la razon, sino que admirados hasta lo sumo, acompañaron al poeta hasta su casa seguidos del pueblo ateniese que habia oido recitar aquella obra maestra. Este programa tiene algo de noble y de elevado muy propio de la grandeza de la Grecia antigua, de la del poeta, y de la majestad del padre ofendido. La cabeza inspirada de Sofocles era el problema ideal del asunto; para resolverle se habria necesitado el estilo grandioso y sencillo á la vez de Fi-

(1) Tom. 2º, Sec. 4ª, cap. 2º.

(2) «Armonía entre la religion católica y las ciencias naturales.» Discurso inaugural del curso académico de 1857 á 58, págs. 30 y 31. — Salamanca, 1857.

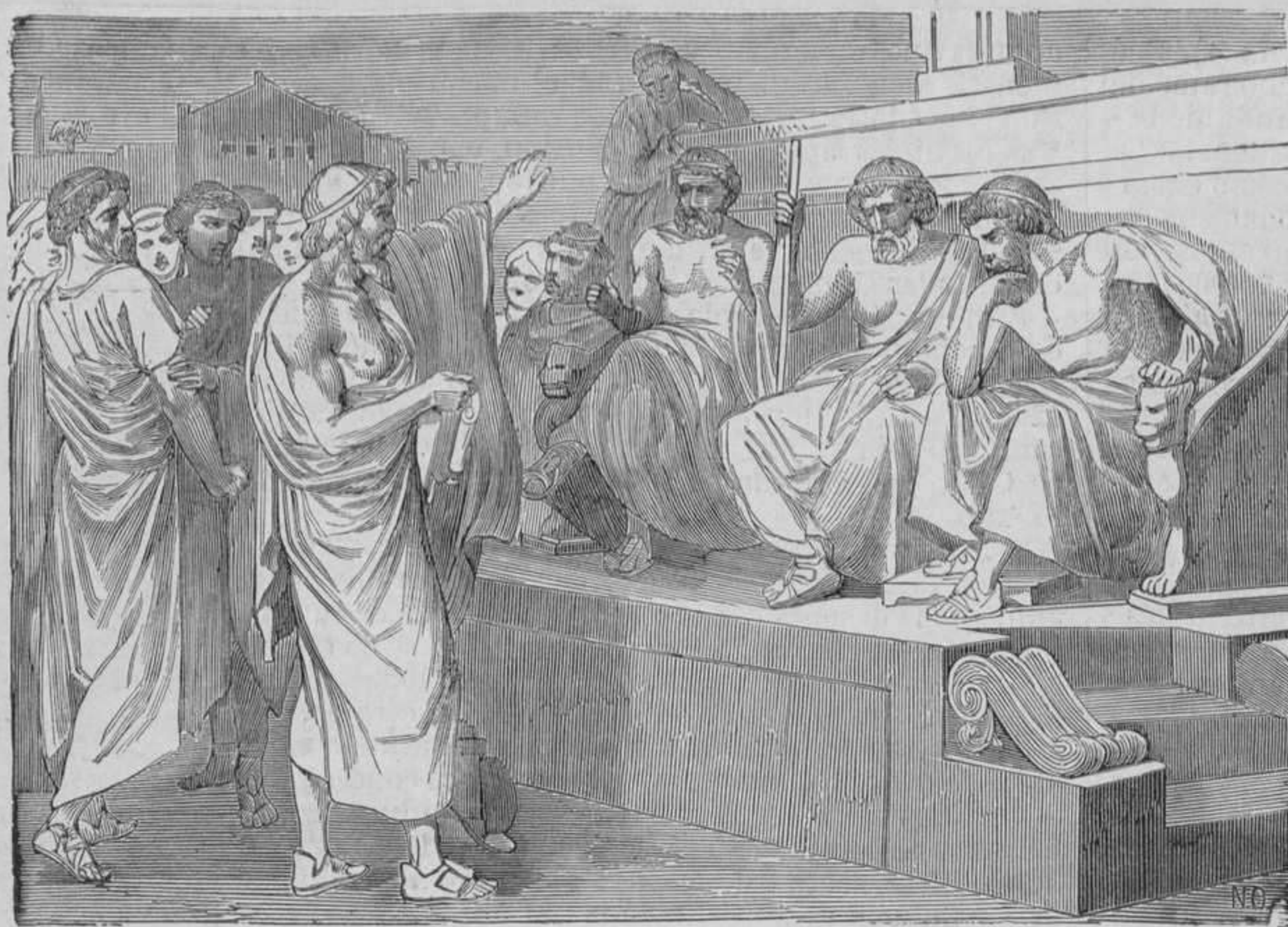
(3) «Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV,» t. 1º. — Imp. Producción, págs. XCI y siguientes, — secc. 60.

días. Los jóvenes competidores han eludido la dificultad, ó se han extraviado queriendo dramatizar el asunto, poniendo en Sófoles la indignación de Edipo que se deshace en imprecaciones contra sus hijos ingratos y desnaturalizados.

El primer gran premio ha sido concedido á M. Michel (Ernesto Bartolomé), nacido en 1833, y discípulo de MM. Picot y Cabanel. Su composición, que reproducimos, está bien concluida, pero se nota en ella mucha frialdad. Los tres jueces envueltos en sus mantos encarnados llaman demasiado la atención á espensas de Sófoles, cuya figura carece de estilo y de fisonomía. El artista ha tenido una feliz inspiración al representar al mas joven de los hijos enternecido con una conmoción involuntaria.

El segundo gran premio ha sido obtenido por M. Layraud. — En general, el concurso de pintura de este año es muy débil, y las obras de muchos artistas eran de una inferioridad evidente.

El concurso de escultura tenia este programa: Orestes, despues de haber dado muerte á su madre, refugian-



EXPOSICION DE LOS PREMIOS Y ENVIOS DE ROMA EN PARIS: — SOFOCLES ACUSADO POR SUS HIJOS; 1^{er} premio de pintura por M. Michel.

dose en el altar de Minerva. El primer gran premio ha sido obtenido por M. R. Barthelemy, nacido en 1833 y discípulo de M. Duret. La cabeza que demuestra el horror causado por la vista de las furias vengadoras, carece de verdad y de carácter. En cambio el cuerpo y los miembros atestiguan un sentimiento justo de la forma, fundada sobre el estudio del modelo, sin independencia de espíritu.

El segundo gran premio ha sido dado á M. Nathan (Julio Isidoro) nacido en 1836, y discípulo de MM. Duret y Dantan.

En el concurso de grabado se han adjudicado cuatro premios.

En arquitectura ha habido ocho competidores. El programa era este: un palacio imperial en Niza edificado sobre una cuesta formando un ángulo saliente sobre el mar. Primer gran premio, M. Joyau; segundo id., id., M. Benard; último premio, M. Guadet.

Nos falta hablar de los envíos de Roma.

La pintura mas importante es la de M. Giacomotti, laureado de quinto año, que representa la Muerte

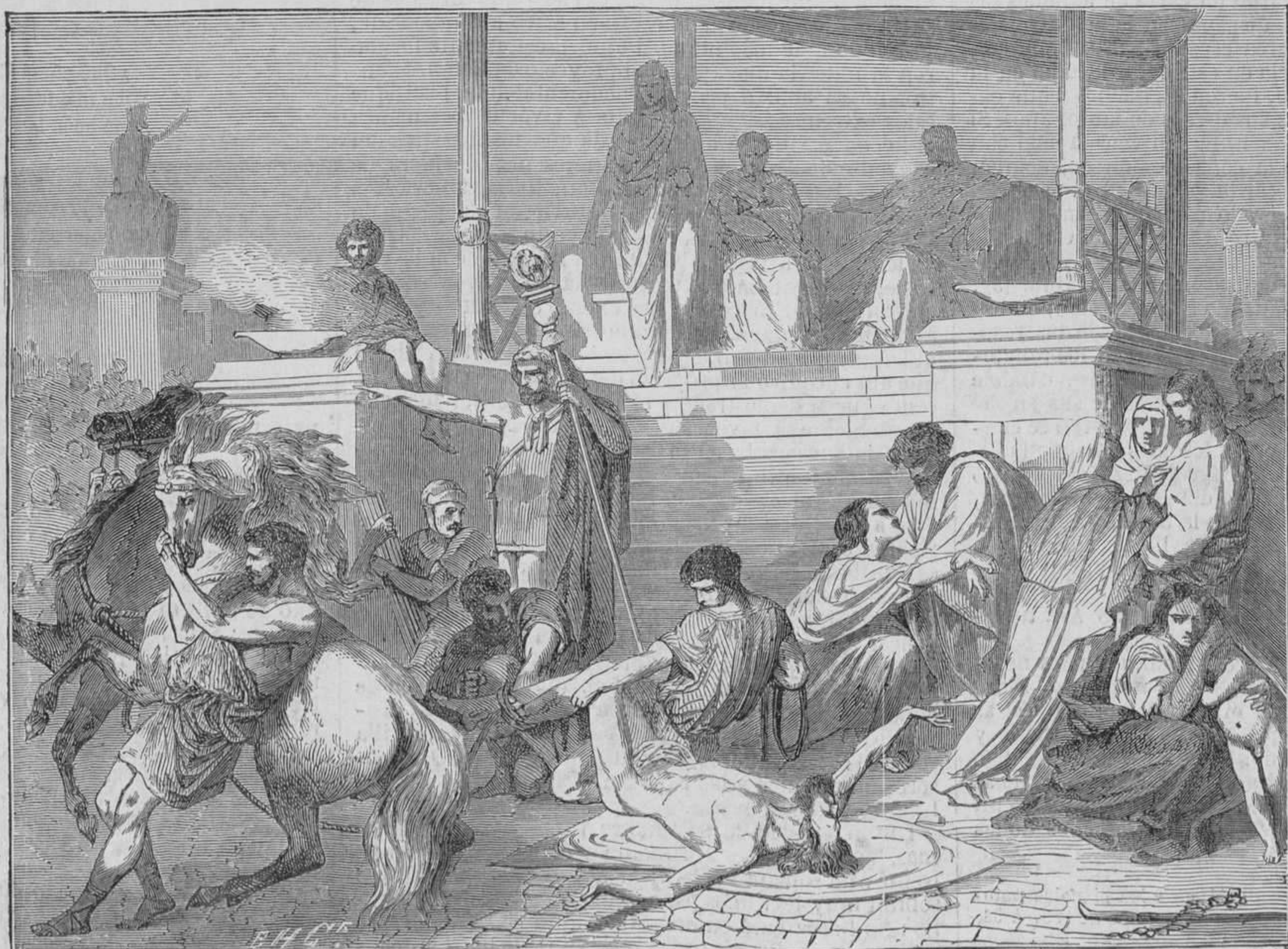


ORESTES EN EL ALTAR DE MINERVA: 1^{er} premio de escultura por M. Barthelemy.



PESCADOR AJUSTANDO SUS REDES; envío de M. Maniglier.

de san Hipólito, á quien un gobernador romano manda arrastrar por caballos fogosos. El espectáculo es horrible: M. Giacomotti ha tratado de concentrar el interés en los ademanes de resignación del paciente, y sobre todo en los personajes y en las circunstancias accesorias de la escena. La vista del espectador se aparta de ese cuerpo desnudo tendido en la tierra para dirigirse á la izquierda sobre el grupo que forman los caballos y los hombres que los contienen, que es en efecto lo principal del cuadro. Para no dejar vacío el lado opuesto del lienzo, el artista ha representado en él unos cristianos encadenados que se animan recíprocamente á marchar al suplicio. Lo restante de la escena tiene una disposición teatral: los magistrados romanos á la sombra de una colgadura en lo alto de unas gradas echan



EL MARTIRIO DE SAN HIPOLITO; envío de M. Giacomotti.

miradas feroces en su derredor, mientras un niño está quemando perfumes, no se sabe por qué, en un brasero, y unos soldados, comparsas indispensables, guarnecen el fondo del cuadro. Si se exceptua el grupo de los caballos fogosos, no hay en esta pintura, á nuestro juicio, mas que cierto saber y un talento académico notable.

Una docena de cuadros y dibujos de diferentes autores completaban los envíos de Roma.

M. Maniglier (3^{er} año) ha enviado una estatua de yeso representando *Un pescador ajustando sus redes*, obra sencilla y natural, en donde la forma está estudiada cuidadosamente. La cabeza ofrece un tipo bien concebido y muy conforme al carácter general adoptado por el artista.

Entre los envíos de los arquitectos se hallan estudios de una ejecución esmerada. J. D. P.